



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

El ascenso del fascismo en Italia y Alemania

Autor/es

Julio Hernández Grao

Director/es

Carmen Frías Corredor

EL ASCENSO DEL FASCISMO EN ITALIA Y ALEMANIA

Resumen:

En Europa, durante la primera mitad del siglo XX, sucedieron numerosos acontecimientos trascendentales para nuestra historia. Las dos guerras más devastadoras conocidas hasta la fecha, la caída de imperios que llevaban siglos dominando el continente, la coexistencia de las democracias liberales con los nuevos gobiernos autoritarios, o la llegada al poder de nuevas formas de gobierno como el comunismo, son algunos ejemplos de todo lo que acaeció en nuestro continente en poco más de treinta años (1914-1945). Además, examinando también el siglo XIX, nos topamos con el auge de los nacionalismos y la unificación de lo que posteriormente serán grandes potencias como Italia y Alemania. En este trabajo intentamos analizar todos estos acontecimientos de manera global y establecer un nexo de unión entre ellos, con el objetivo de dar respuesta al tema central del mismo, el ascenso del fascismo en Italia y Alemania.

Palabras clave: fascismo, nacionalismo, guerra, Italia, Alemania, Hitler, Mussolini, dictadura.

Abstract:

In Europe, during the first half of the twentieth century, many important events occurred in our history. The two most devastating wars known to date, the fall of empires that had dominated the continent for centuries, the coexistence of liberal democracies with new authoritarian governments, or the reaching to power of new forms of government such as communism are some examples of everything that happened in our continent in little more than thirty years (1914-1945). In addition, also examining the nineteenth century, we encounter the rise of nationalism and the unification of what will later be great powers like Italy and Germany. In this essay, we try to analyze all these events in a global way and establish a link between them, with the aim of answering the central theme of the essay, the rise of fascism in Italy and Germany.

Key words: fascism, nationalism, war, Italy, Germany, Hitler, Mussolini, dictatorship.

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
1.1 Justificación del trabajo.....	3
1.2 Estado de la cuestión.....	4
1.3 Objetivos y metodología.....	11
2. La Primera Guerra mundial y el Tratado de Versalles.....	12
2.1- La gran guerra europea.....	12
2.2- El tratado de Versalles: la paz que iba a acabar con todas las paces.....	14
3. El fascismo italiano.....	17
3.1- La debilidad de la Italia liberal.....	17
3.2- Italia, la Gran Guerra y la victoria mutilada.....	21
3.3- Mussolini, <i>Il Duce</i>	24
3.4- El nacimiento y ascenso del fascismo.....	26
• La amenaza socialista.	
• El fascismo pasa a la acción.	
• La oportunidad de oro para Mussolini.	
4. La Alemania nazi.....	32
4.1- La herencia del pasado: Otto von Bismarck y la gran Alemania.....	32
4.2- La Alemania de Bismarck.....	36
4.3- Alemania en la 1ª Guerra Mundial y sus consecuencias.....	38
4.4- Los tiempos de la República de Weimar.....	40
4.5- Hitler y su largo camino hacia el poder.....	43
• El <i>putsch</i> de la cervecería de Múnich y el cambio de estrategia de Hitler.	
• El NSDAP durante la República de Weimar: los inicios del nazismo.	
• La conquista del poder.	

5. Conclusiones.....	49
6. Bibliografía.....	50

1. INTRODUCCIÓN:

1.1 JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

Para un trabajo como este, que requiere tanto tiempo y dedicación, es muy importante escoger la temática adecuada y que más se acorde a tus intereses. La decisión de dedicar este trabajo al ascenso del fascismo fue una iniciativa consensuada con la tutora, y desde el primer momento vimos multitud de posibilidades con las que ponerse a trabajar.

Si bien es cierto que todo lo relacionado con el fascismo no es desconocido para casi nadie, hay que tener en cuenta que las fuentes y recursos a utilizar son innumerables, por lo tanto, ha habido un largo proceso de selección de materiales que ha requerido bastante tiempo.

Conforme vas avanzando cursos en la carrera, siempre es interesante echar la vista atrás y poder ver todo lo que has ido aprendiendo con el paso del tiempo. El fascismo es algo que siempre me ha despertado un interés especial, pero quizá no se le había dedicado el suficiente tiempo como para conocerlo en profundidad, o al menos esa era mi impresión. Ese fue uno de los principales motivos que me animó a elegirlo como tema central en mi trabajo de fin de grado.

Puesto que el fascismo es un concepto casi inabarcable por la multitud de fuentes que lo han estudiado, era preciso concretar un poco dentro del término. Decidí centrarme no en el periodo en el que fascismo ya ha triunfado y llegado al poder, sino en todos los factores que ocurrieron tiempo antes y que condujeron al resultado final. Es una manera de encontrar la explicación al hecho de que una ideología tan radical pudiera consumarse en una sociedad ya de por sí debilitada por las circunstancias del momento.

En un principio la idea era dedicar el trabajo a todos los regímenes fascistas que habían surgido en el periodo de entreguerras en Europa, incluso aquellos que no llegaron a ser especialmente relevantes o que no se llegaron a consolidar. Sin embargo, el hecho de contar con ejemplos tan paradigmáticos como Alemania o Italia hizo que me decantara por ellos para dedicarles un estudio más profundo.

1.2 ESTADO DE LA CUESTIÓN

Tal y como hemos mencionado anteriormente, son muchos los historiadores que han dedicado sus estudios al fascismo. Como es lógico, conforme he podido profundizar en el tema, he sido testigo de la multitud de corrientes que hay. Todas ellas son perfectamente válidas y desde mi punto de vista creo que es importante abarcar las máximas posibles con el objetivo de dotar al trabajo de un carácter mucho más completo.

Personalmente, me ha parecido especialmente relevante el estudio que hace Enzo Traverso a raíz de las interpretaciones de autores como George L. Mosse, Emilio Gentile o Zeev Sternhell¹. Estos historiadores aportan puntos de vista distintos, pero a la vez complementarios, además de tener también algún que otro aspecto en común. Mosse se ha centrado en el estudio de la Alemania Nazi, Gentile en la Italia de Mussolini y Sternhell en la Francia de la Tercera República como resultado final de un “prefascismo” nacido ya en el siglo XIX.

Para entender el auge del autoritarismo y del fascismo en el periodo de entreguerras, y que forman parte de todo el proceso de ascenso del fascismo, también son interesantes los apuntes de Michael Mann². Desde su punto de vista, en el periodo de entreguerras Europa se divide en dos, por un lado, encontramos aquellos países bajo regímenes democráticos y liberales; por otro, aquellos en los que el autoritarismo consigue llegar al poder en forma de dictaduras fascistas. Esto nos indica que la principal división, tanto conceptual como geográfica, se dio entre la democracia liberal y las formas de autoritarismo de derechas. Casi todos los vencedores de la Primera Guerra Mundial favorecieron lo primero.

Otro de los autores que ha generado debates enriquecedores es Stanley G. Payne. Desde su perspectiva, creo que es importante prestar atención a los movimientos nacionalistas radicales aparecidos en la segunda mitad del siglo XIX³. Se centra en casos como los de Alemania, Austria o Italia, países que posteriormente acabarían siendo potencias fascistas.

¹ TRAVERSO, E. “Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile”. Revista *Ayer* 60 (2005) pp. 227-258.

² MANN, M. *Fascistas*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006.

³ PAYNE, S. *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995.

Tal y como asegura Payne, la era de las guerras mundiales constituyó el periodo de la historia moderna más intenso en lucha armada internacional, y también en conflictos sociales y económicos dentro de los países. Muchas de las fuerzas que contribuyeron a generar tales conflictos habían tenido una larga gestación durante los siglos XVIII y XIX, como ocurrió, por ejemplo, con el nacionalismo, el imperialismo, el socialismo o el comunismo. Sólo una fuerza importante, el fascismo, era nueva y con apariencias de originalidad, producto del gran conflicto generacional. Pero ninguna fuerza de importancia surge sin un previo de desarrollo, y aquí viene el asunto central de nuestro trabajo. Las raíces del fascismo estaban en las innovaciones de finales de siglo XIX y comienzos del XX, y en particular en las nuevas doctrinas y conceptos producidos por los cambios culturales de los años noventa del siglo XIX y los años que les siguieron⁴.

Por otro lado, el término fascismo es muy complejo, por lo que es difícil llevar a cabo una definición e interpretación del mismo. A pesar de ser un término relativamente reciente, ha sido objeto de multitud de estudios y sus líneas de investigación están en constante desarrollo. Incluso teniendo en cuenta todo lo anterior, nos encontramos con diversos autores que, a través de varios ensayos, han aspirado a comprender el fascismo como un fenómeno de conjunto y a sintetizar sus rasgos esenciales en una definición general. Algunos de los que han suscitado las más ricas discusiones son George L. Mosse, Zeev Sternhell o Emilio Gentile. El primero ha centrado sus estudios en la Alemania nazi, el segundo en la Francia de la Tercera República y el tercero en la Italia de Mussolini.

Los trabajos de Mosse le ayudaron a precisar su visión del fascismo como un fenómeno de naturaleza moderna y revolucionaria, a observar en la nacionalización de las masas la fuente del consenso popular en el régimen de Mussolini y finalmente a rastrear los orígenes del fascismo en una tradición de izquierdas de matriz jacobina⁵. Mosse consideraba a De Felice, biógrafo de Mussolini, como un investigador que utilizaba un método similar al suyo, es decir, estudiar al fascismo desde el interior, tomando en consideración a sus hombres, su cultura y sus ideas, sin que fueran filtradas por un punto de vista exterior como podía ser el del antifascismo. Podemos decir que De Felice actúa como el vínculo que une a los tres historiadores objeto de nuestro estudio.

⁴ *Ibid.*, p.37.

⁵ DE FELICE, R. *Las interpretaciones del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1995.

Si bien es cierto que cada uno de estos tres historiadores ha aportado una respuesta distinta sobre qué es el fascismo, todos comparten una definición centrada en varias características esenciales: el fascismo fue a la vez una revolución, una ideología, una visión del mundo y una cultura. Una revolución, puesto que quería crear una nueva sociedad. Una ideología, porque había reformulado el nacionalismo oponiéndose tanto al conservadurismo como al liberalismo. Una visión del mundo, ya que quería crear un hombre nuevo. Y una cultura, dado que su proyecto se inscribía en las prácticas sociales que aspiraban a transformar el imaginario colectivo y modificar los estilos de vida. Se trataba por lo tanto de una revolución de derechas⁶ que quería construir una nueva sociedad y no reorganizar la ya existente, y cuyo motor serían las capas medias buscando una alternativa al liberalismo y al socialismo⁷.

Durante mucho tiempo, la historiografía sólo había sido capaz de definir el fascismo en negativo. Sin embargo, nuestros historiadores destacan la coherencia del proyecto fascista que, si bien es cierto que se apropió de varios elementos preexistentes, consiguió fundirlos en una síntesis nueva. Los valores conservadores cambiaban sus códigos y resurgían cargados de una connotación inédita, eminentemente moderna. Todos los elementos constitutivos del fascismo se injertan en la rama del nacionalismo, que, en la sociedad de masas sufrirá una transformación cualitativa ampliando sus bases, modificando su lenguaje y reclutando a sus jefes en las capas populares. Esto lo vemos ejemplificado en el Führer y en el Duce, pues ya no son políticos de origen aristocrático, ya que han descubierto su vocación política en las calles, en contacto con las masas, a partir de crisis precedentes o posteriores a la Primera Guerra Mundial. Esta es una de las razones por las que no podemos pasar por alto las consecuencias de la Gran Guerra, pues había banalizado la violencia y brutalizado a la sociedad. El fascismo es en parte consecuencia de esta conmoción traumática, y Mosse no duda en presentar el fascismo como hijo de la nacionalización de las masas⁸, poderosamente acelerada durante la guerra.

Observamos pues que la nacionalización de las masas, desde el punto de vista de Mosse, es muy evidente. Conjunto de ritos colectivos, manifestaciones patrióticas, culto a los mártires, monumentos, banderas, himnos... Ejemplo de ello son el discurso de Mussolini en la Plaza Venecia de Roma, o el de Hitler en el estadio Zeppelin de Núremberg.

⁶ GENTILE, E. *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid, Alianza, 2004.

⁷ STERNHELL, Z. SZNADJER, M. y ASHERI, M. *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

⁸ MOSSE, G. L.: *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y política de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

Otro aspecto importante a la hora de llevar a cabo una pequeña aproximación al fascismo y explicar el ascenso del mismo, son los problemas que pueden surgir a raíz de sus interpretaciones. Para comprender el fascismo, la historia de las ideas y de la política no es suficiente. Mosse considera que la historia cultural es un dominio mucho más extenso que la historia tradicional de las ideas anteriormente mencionada. Es una de las razones por las que, a la hora de interpretar el fascismo, se deben tener en cuenta también sus representaciones, sus prácticas y su capacidad para canalizar los sentimientos populares. Se trata de un imaginario colectivo que encontró en el fascismo un hogar, un espejo, un amplificador y una válvula de escape. Sin duda alguna, esta perspectiva que privilegia los aspectos culturales y antropológicos de la economía y la sociedad ganó mucha fuerza con las aportaciones de Mosse. Sin embargo, esta interpretación también muestra debilidades, desembocando en una historia cultural que subestima a menudo la importancia de las ideologías.

Dentro de este campo en el que convergen distintas interpretaciones, nos encontramos con la figura de Sternhell, que contribuyó de manera relevante para equilibrar las perspectivas. Nuestro autor en cuestión privilegia la historia de las ideas, percibiendo el núcleo del fascismo en la antiilustración: un rechazo total de la visión del hombre y de la sociedad elaborada desde Hobbes hasta Kant, desde la Revolución inglesa del siglo XVII hasta la revolución americana y francesa⁹. Esta aproximación de Sternhell se caracteriza no sólo por su indiferencia hacia la mitología y el simbolismo fascista, sino por su rechazo sistemático de toda contribución de la historia social. Ha presentado el fascismo como una corriente ideológica aparecida en Francia a finales del siglo XIX, en la época del *affaire Dreyfus*, y que desembocó en el régimen de Vichy en 1940. Sería el resultado de la confluencia y de la fusión de dos tradiciones políticas hasta entonces antinómicas, una de izquierdas y otra de derechas.

La derecha revolucionaria, la primera manifestación del fascismo, sería el producto de una síntesis entre corrientes de derecha que, bajo el impacto de la sociedad de masas, habrían dado a su nacionalismo una impronta populista, y corrientes de izquierda que, habiendo pasado por una revisión del marxismo y liberadas respecto a la tradición de la Ilustración, habrían tomado una orientación nacionalista.

⁹ STERNHELL, Z. SZNADJER, M. y ASHERI, M. *El nacimiento de la ideología fascista...* p. 43.

El rechazo simultáneo de la democracia política y del liberalismo sería la base de esta fusión entre derecha populista e izquierda nacionalista, dando lugar a una nueva forma de socialismo nacional¹⁰. La trayectoria ideológica del fascismo habría tomado forma mucho antes de 1914, y sería la Francia de la Tercera República su verdadero laboratorio¹¹. Sternhell señala sus primeros representantes, todos ubicados dentro de una generación intelectual que va desde Maurice Barrès hasta George Valois o Sorel. Nos encontramos con la cuna del socialismo nacional, donde convergen darwinismo social, sindicalismo revolucionario, socialismo revisionista y antisemitismo. El clima intelectual de entreguerras contribuirá enormemente a que este socialismo nacional eche raíces en las masas y logre expandirse.

Tal y como muchos historiadores han indicado, el límite de la tesis de Sternhell reside en su falta de historicidad. Al igual que Mosse, Gentile está convencido de que el fascismo necesita de la Primera Guerra Mundial para nacer, pues es su verdadera matriz¹². Es la Gran Guerra lo que provoca el hundimiento definitivo del orden europeo nacido un siglo antes con el Congreso de Viena, poniendo fin al Antiguo Régimen. A partir de entonces, el nacionalismo adquiere un carácter nuevo, más agresivo, militarista, imperialista y antidemocrático.

Tras analizar todo lo anterior, podemos concluir en que más que el fascismo, lo que Sternhell ha ilustrado es un “prefascismo” del que los elementos constitutivos no serían articulados y reunidos armónicamente hasta después de 1914-1918. Otros críticos de Sternhell han subrayado la pertinencia limitada de su concepción del fascismo como síntesis entre dos tradiciones políticas, una procedente de la izquierda y otra de la derecha. Esta visión puede encontrar referentes en el caso francés, pero no por ello podemos generalizar. No encontramos ningún componente de izquierdas en dos de las principales variantes de fascismo, como son el nazismo alemán y el franquismo español.

Aquello en lo que sí coinciden Mosse, Gentile y Sternhell es en la infravaloración de un rasgo principal: el anticomunismo. Obviamente ninguno de ellos lo ignora, pero tampoco le atribuyen un papel decisivo. Esta actitud tiene motivos diferentes. En el caso de Mosse, tiene que ver con la desvalorización ideológica del fascismo con respecto a sus aspectos culturales, estéticos y simbólicos. En el de Sternhell, se desprende de su interpretación del fascismo como reacción

¹⁰ STERNHELL, Z. *La derecha revolucionaria. Los orígenes franceses del fascismo 1885-1914*. París, Siglo XXI, 1978.

¹¹ STERNHELL, Z. SZNADJER, M. y ASHERI, M. *El nacimiento de la ideología fascista*, “El concepto del fascismo” p. 17...

¹² GENTILE, E. *El fascismo*, Roma, Laterza, 1987.

puramente antiliberal y de su reducción del fascismo a una expresión moderna de la antiilustración. Finalmente, los tres autores infravaloran el anticomunismo a causa de su insistencia en la naturaleza “revolucionaria” del fascismo.

A pesar de todo ello, no debemos olvidar que el fascismo se trata en gran medida de un anticomunismo militante, agresivo y radical. El fascismo no parece revolucionario, sino más bien un fenómeno típicamente contrarrevolucionario, que toma impulso en la oleada antibolchevique que irrumpe en Europa después de 1917. La represión de la revuelta espartaquista en Berlín o el Biennio Rosso italiano son ejemplo de ello. La revolución fascista no se podía definir sino por oposición radical a la revolución comunista. Se trataba, en este sentido, de una “revolución contra la revolución”¹³. Arno J. Mayer acierta al afirmar que “la contrarrevolución se desarrolló y alcanzó la madurez en Europa bajo los rasgos del fascismo”¹⁴. Es en nombre del anticomunismo por lo que el fascismo italiano, el nazismo alemán y el franquismo convergen en un frente común en la guerra civil española.

Desde numerosos puntos de vista, el anticomunismo es mucho más fuerte en el fascismo que el antiliberalismo. En Italia en 1922, como en Alemania diez años más tarde, es la convergencia entre el fascismo y las élites tradicionales, de orientación liberal y conservadora, lo que está en el origen de la *revolución legal* que permite la llegada al poder de Hitler y Mussolini. No se trata de reducir el fascismo al anticomunismo o, en la línea de Ernst Nolte, a una “copia” del comunismo, de cuyo modelo originario el fascismo habría tomado prestada su estrategia y prácticas¹⁵. El fascismo trata de articular en un sistema coherente ciertos elementos ideológicos nacidos antes de la revolución rusa de 1917 y no hay duda de que su anticomunismo se injerta en el tronco de la antiilustración.

En el propio concepto de revolución fascista, Mosse y Gentile advierten acertadamente siguiendo a De Felice, que fue impulsada por un movimiento en el que el núcleo social estaba compuesto por las capas medias emergentes (Italia) o en vías de proletarización (Alemania). Un movimiento dirigido por líderes plebeyos que no obtuvieron el apoyo de las élites dominantes hasta el momento de su ascenso al poder. Los fascismos instauraron regímenes nuevos, destruyendo el

¹³ Véase NEOCLEOUS, M.: *Fascism*, Buckingham, Open University Press, 1997, cap. III-IV, pp. 38-74.

¹⁴ Mayer, A. J.: *The Furies, Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 67.

¹⁵ Véase NOLTE, E. *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, FCE, 1996.

Estado de Derecho, el parlamentarismo y la democracia liberal, pero, a excepción de la España franquista, tomaron el poder por vías legales y nunca alteraron la estructura económica de la sociedad. A diferencia de las dictaduras comunistas que alteraron radicalmente las formas de propiedad, los fascismos siempre integraron en su sistema de poder a las antiguas élites económicas, administrativas y militares. Ningún movimiento fascista llegó al poder sin contar con el apoyo, aunque fuese tardío, de las élites tradicionales¹⁶. En cualquier caso, debemos ser cautos al hablar de *revolución* fascista. Philippe Burrin acertó al definir el fascismo como una “revolución sin revolucionarios”¹⁷.

Atendiendo a este punto de vista, es muy representativo el caso de España. Aquí coexisten en el seno del franquismo dos ejes: por un lado, el nacionalcatolicismo, la ideología conservadora de las élites tradicionales, desde la gran propiedad territorial hasta la Iglesia; por otro, un nacionalismo de orientación explícitamente fascista, secular, modernista, imperialista, revolucionario y totalitario, encarnado por la falange. El primero no está fascinado por el mito de una “civilización nueva”, ya que lo que quiere es restaurar la grandeza española proyectándose en el pasado. El segundo desea erigir un Estado fascista moderno y poderoso, integrado en una Europa totalitaria al lado de Italia y Alemania. Franco juega un papel de mediador entre los dos durante la guerra civil y los primeros años de su régimen, que reorganiza posteriormente a partir de 1943, cuando se perfila la derrota de las fuerzas del Eje en Europa, sobre bases claramente nacionalcatólicas.

Como hemos mencionado anteriormente, interpretar el fascismo desde el interior, partiendo del lenguaje, de la cultura, de las creencias, de los símbolos y de los mitos de sus protagonistas, ayuda a comprender aspectos esenciales de esta experiencia histórica. Una mirada exterior que, rechazando a priori toda empatía entre el historiador y su objeto de estudio, reemplace el esfuerzo de comprensión por un juicio ético-político, está condenado a no aprehender de la naturaleza del fascismo.

¹⁶ PAXTON, R. O. *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.

¹⁷ BURRIN, P. *El fascismo: la revolución sin revolucionarios*, El Debate, 38 (1986).

1.3 OBJETIVOS Y METODOLOGÍA:

El principal objetivo a la hora de elaborar este trabajo ha sido el de obtener nuevos conocimientos sobre una materia que era de mi especial interés. Como ya hemos aclarado anteriormente, el fascismo es abarcable desde multitud puntos de vista por su complejidad. Con este trabajo he pretendido centrarme en aquello que más desconocía, y eran todos esos factores que, si bien no se encuentran dentro del fascismo como tal, pues son anteriores en el tiempo, son indispensables para que se desarrolle posteriormente con plenitud.

Es una de las razones por las que, cuando nos encontramos con un periodo de la historia con características tan radicales, es preciso no solo analizar el tiempo y las circunstancias en las que surge, sino también todos los factores que, incluso mucho tiempo antes, contribuyen para que pueda desarrollarse. En este sentido, el trabajo busca echar la vista atrás para dar explicación a los acontecimientos que ocurren posteriormente. Al fin y al cabo, la historia se puede concebir como una disciplina lineal, en la que todos los acontecimientos guardan relación entre sí y en cierto modo unos dependen de otros. Por lo tanto, una de las finalidades del trabajo ha sido la de establecer una relación entre los acontecimientos del siglo XIX y los de principios del siglo XX con el posterior ascenso del fascismo. El auge de los nacionalismos en Alemania e Italia, la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles y las posteriores crisis económicas que vivió el continente europeo, son los acontecimientos a los que se les ha dedicado un interés especial por entender que son factores clave para comprender el ascenso del fascismo.

La metodología empleada ha sido la de utilizar preferentemente fuentes secundarias. Si bien es cierto que las fuentes secundarias no son aquellas que representan una investigación original por parte del autor, la selección de los recursos y materiales utilizados garantizan ser fuentes fidedignas en las que apoyarse, pues pertenecen a especialistas en los temas que se tratan y están ampliamente contrastadas. Para ello me he ayudado de la red de bibliotecas de la que dispone la Universidad de Zaragoza, donde no he tenido ningún problema para encontrar todos los materiales necesarios, así como algunos libros de carácter personal que he ido adquiriendo a lo largo de la carrera.

2. LA 1ª GUERRA MUNDIAL Y EL TRATADO DE VERSALLES

2.1 LA GRAN GUERRA EUROPEA

El impacto de la guerra europea hizo trizas la continuidad de gobierno, cultura e instituciones en gran parte de Europa. La contienda puso término a una paz de un siglo que, con algunas excepciones, había reinado desde el final de las guerras napoleónicas en 1815. Su poder devastador no sólo costó millones de vidas, sino que barrió todos los gobiernos y dinastías de la Europa central y oriental y abrió la era del siglo XX de violencia política en masa y de revoluciones. Se alteraron los hábitos fundamentales de la política al desafiarse, y en algunos lugares invertirse, la tendencia secular hacia la democracia liberal y un gobierno representativo. La consecuencia fue la brutalización de la vida política, lo que hizo que pareciera natural y hasta normal el recurso a la violencia política.

La guerra tuvo también un efecto emancipador. Aunque todos los movimientos modernos de emancipación, tanto nacional como social, cultural o sexual, habían comenzado a tomar forma mucho antes de la guerra, el cambio y la destrucción acarreados por el conflicto les confirieron un mayor impulso y alcance. En sus inicios, la guerra despertó entusiasmo, al menos en algunas de las grandes ciudades de los principales países beligerantes, y tanto los intelectuales como los ciudadanos corrientes la acogieron con alborozo¹⁸. Alemania fue, quizás, el país en el que mejor observamos este entusiasmo. La guerra se aclamó como una revolución contra condiciones ridículas y una liberación del dominio de la cultura occidental por Francia y Gran Bretaña, ante lo cual la guerra proporcionaba por primera vez la posibilidad de la afirmación de Alemania y de la cultura alemana. Tal y como afirma Modris Eksteins, “Alemania representaba más intensamente que cualquier otro país las aspiraciones de una vanguardia nacional¹⁹”.

La Primera Guerra Mundial concluyó con la derrota de los imperios autoritarios de Alemania y Austro-Hungría. El extenso y poderoso Imperio turco cayó bajo una revolución de corte reformista y occidental que abolió el sultanato. Salvo en la URSS, el sistema político democrático pareció

¹⁸ Breve estudio de este fenómeno y sus conexiones con la crisis cultural del fin de siglo: ROLAND N. S. *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Nueva York, Lincoln, 1982.

¹⁹ EKTEINS, M. *Los Ritos de primavera: La Gran Guerra y el nacimiento de la Edad Moderna*, Nueva York, 1989, p. 49.

consolidarse tras el conflicto. Las constituciones recogieron derechos como el sufragio universal masculino y femenino (Reino Unido en 1918, Alemania en 1919 y Estados Unidos en 1920), mejoras laborales como la jornada de 8 horas, medidas de carácter protector en caso de enfermedad y vejez, etc.

Sin embargo, la forma en que se resolvió la paz (Tratado de Versalles y cuestión de las indemnizaciones), el temor suscitado entre la burguesía conservadora por el éxito de la Revolución Soviética, así como las consecuencias de la crisis de 1929, impidieron el fortalecimiento de la vía democrática y alentaron las tendencias autoritarias. El periodo de Entreguerras fue testigo de la lucha entre tres concepciones ideológico-políticas: la democracia liberal, desacreditada tras la crisis de 1929, el comunismo, triunfante en la URSS, y el totalitarismo de carácter fascista.

En Europa occidental, dos estados esenciales por su peso histórico, económico y político, Alemania e Italia, abandonaron la democracia y evolucionaron hacia el totalitarismo. Similar fenómeno aconteció en Europa oriental y meridional con el desarrollo de movimientos fascistas o el advenimiento de regímenes antidemocráticos y autoritarios. En todos esos casos se impusieron gobiernos militaristas que destruyeron el parlamentarismo y persiguieron a partidos políticos y a sindicatos por igual.

Otros países, sin embargo, mantuvieron con vigor las estructuras democráticas. Fueron los casos de Francia, Reino Unido, Holanda, Bélgica, Países Escandinavos (Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca), Checoslovaquia o Suiza. Fuera de Europa, Estados Unidos se convirtió en el baluarte del Estado liberal democrático clásico.

Con todo, los países que resistieron exitosamente el embate del totalitarismo vieron crecer en su seno movimientos de índole fascista que desestabilizaron durante los años veinte y treinta las relaciones sociales y políticas. Fueron ejemplos, entre otros, Bélgica (Degrelle) y Gran Bretaña (Oswald Mosley). Estas tendencias, a diferencia de la experiencia alemana e italiana, no liquidaron la democracia en esos estados, pues no lograron consumir el ascenso al poder.

Si le damos tanta importancia a la 1ª Guerra Mundial a la hora de estudiar los orígenes del fascismo, es porque multitud de historiadores consideran clave este suceso para entender el mismo. A pesar de ello, no todos están de acuerdo en esta teoría. El historiador alemán Ernst Nolte, defiende que el nacimiento de los fascismos responde a la Revolución de octubre de 1917 en Rusia, que dio

lugar al triunfo del bolchevismo. Esta teoría de Nolte generó mucha polémica, y otros muchos historiadores, como Enzo Traverso, defiende una postura contraria a esta, ya que él piensa que los fascismos no se entienden si no se tiene en cuenta la Gran Guerra que se da entre 1914 y 1918 y sus posteriores consecuencias²⁰.

2.2 EL TRATADO DE VERSALLES: LA PAZ QUE IBA A ACABAR CON TODAS LAS PACES

A pesar de que la principal intención del Tratado de Versalles era la de reestructurar el mapa de Europa, tanto para debilitar y controlar Alemania como para llenar los grandes espacios vacíos que habían quedado en Europa, cuando la conferencia de paz se reunió en enero de 1919, no tardó en hacerse evidente que resultaría difícil llegar a un arreglo debido a las diferentes ideas de los Aliados sobre cómo tratar a las potencias vencidas.

Wilson, por Estados Unidos, a pesar de haber tenido principal interés por el último de sus catorce puntos (el de la Sociedad de las Naciones), originalmente había estado a favor de una paz benigna, pero la actitud de Wilson cambió a raíz de que los alemanes hicieron caso omiso de sus Catorce Puntos e impusieron a Rusia el duro tratado de Brest-Litovsk; ahora pensaba que los alemanes necesitaban ser castigados, y convino con las demandas inglesas y francesas respecto a reparaciones (compensación por daños) y el desarme alemán. Wilson estaba también a favor de la autodeterminación.

La delegación francesa, representada por Clemenceau, estuvo interesada ante todo en su seguridad y para lograrla exigía una paz severa para arruinar a Alemania económica y militarmente. Italia, con Orlando a la cabeza, luchó para que se le concediera lo que le había sido prometido en 1915 a cambio de su entrada en la Guerra (Trento, Trieste, Istria, etc.) a lo que en los puntos de Wilson se aludía sólo en forma muy ambigua. Gran Bretaña, con su ministro Lloyd George, estaba muy poco interesada en la Sociedad de las Naciones, pero quiso ante todo defender sus intereses coloniales, mejorar la parte que le correspondiese de las reparaciones alemanas y asegurarse su antigua supremacía naval. Aunque Inglaterra era partidaria de un arreglo menos estricto que

²⁰ TRAVERSO, E. *A sangre y fuego, de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009.

permitiera a Alemania recuperarse rápidamente y reinsertarse en el esquema económico (cliente importante para los productos británicos), George acababa de ganar una campaña electoral basada en lemas muy duros contra Alemania, por lo que el pueblo británico iba a exigir medidas muy severas contra ellos.

A los aliados victoriosos no les resultó fácil asumir el carácter repentino de su triunfo. El pueblo alemán se dio cuenta de pronto de que se había sacrificado en vano. Su recién estrenada democracia tuvo que esperar a que el alto mando hiciese regresar a los ejércitos y licenciara a sus integrantes de forma metódica. La República alemana tendría que pagar por los pecados de su predecesor imperial, pues a ella correspondía soportar el peso del armisticio, la paz subsiguiente y, por extensión, la derrota bélica²¹.

En este contexto, tanto Reino Unido como Francia intentaron aprovecharse al máximo de la coyuntura por la que estaba pasando Alemania tras la guerra. Las fuerzas armadas británicas, que tuvieron que lidiar con una serie de motines protagonizados por los soldados que exigían la desmovilización inmediata en enero de 1919, apenas tenían capacidad para ocupar Alemania durante un periodo más o menos prolongado. Los franceses sí pusieron la mira en tierras germanas y en la margen del Rin, aunque dependían del respaldo de sus aliados para poner en marcha cualquier plan al respecto. El historiador Niall Ferguson, resume la política de la Entente hablando de los empeños racionales de Francia por ganar influencia sobre Alemania, el afán irrealista del Reino Unido por regresar a las condiciones económicas de antes de la guerra y abandonar sus obligaciones continentales en favor de sus proyectos imperiales, y la exportación privada a gran escala de capital estadounidense con el que sostener la recuperación económica y la estabilidad política de Europa²².

Después del fin de las hostilidades, los aliados hicieron aún más inflexible el bloqueo que habían impuesto a Alemania para impedirle toda vía de comunicación con Escandinavia, y usaron la falta de suministro alimentario resultante como arma principal para obligarle a firmar el Tratado de Versalles. Tal como lo ha expresado Avner Offer, “el combate había acabado, pero la guerra seguía adelante”²³. Los aliados occidentales elaboraron el tratado de paz más importante de todos, el de Versalles, pensando en su enemigo supremo: Alemania.

²¹ MORROW, J. H. Jr. *La Gran Guerra*, “El mundo de posguerra”, Barcelona, Edhasa, 2008.

²² FERGUSON, N. *La compasión de guerra*, Nueva York, Basic Books, 1998.

²³ OFFER, A. *La Primera Guerra Mundial: una interpretación agraria*, Oxford, Clarendon Press, 1989, p.386.

El Tratado de Versalles pudo así ser presentado a Alemania en mayo de 1919 y fue finalmente aceptado por el gobierno alemán (que lo rechazó en primera instancia) el 28 de junio. El Tratado reflejaba los propósitos de cada uno de los representantes de los Aliados. El "acuerdo de Paz" obligaba a Alemania a devolver Alsacia y Lorena a Francia, a entregar sus colonias a Gran Bretaña, Francia y Sudáfrica bajo la fórmula de "mandatos" (y las de Asia, a Japón, Australia y Nueva Zelanda), a ceder también parte de sus territorios del este a la nueva Polonia y Schleswig a Dinamarca. La región del Saar quedó bajo administración de la Sociedad de las Naciones y ocupación francesa hasta 1935; la del Rin fue desmilitarizada y ocupada por fuerzas aliadas.

En el este, se reconstruyó finalmente Polonia. Danzig, ciudad de mayoría alemana en territorio polaco, fue declarada Ciudad Libre, pero se trazó un "pasillo polaco" entre Danzig y la frontera alemana para permitir el acceso de Polonia al mar. El ejército alemán quedó reducido a 100.000 hombres. Por la cláusula 231, el tratado declaró a Alemania culpable de la Guerra y le hizo responsable de las pérdidas y daños causados, si bien se dejó la estimación de la cantidad a pagar por reparaciones a una comisión (6.500 millones de liras más los intereses). Mientras, se obligaba a Alemania a entregar a los Aliados, como anticipo, sus flotas mercantes y de guerra, ciertas cantidades de carbón y las propiedades de ciudadanos alemanes en el extranjero. Finalmente, se prohibía la posible unión de Alemania con Austria, añadiendo que el Tratado de Versalles dejó sin efecto el de Brest-Litovsk. Además de Polonia, también Finlandia, Lituania, Letonia y Estonia fueron reconocidos como países independientes.

Para finalizar, el 16 de enero de 1920 se constituyó en Ginebra la Sociedad de las Naciones, el organismo que, a modo de asamblea democrática de naciones soberanas, debía garantizar la cooperación entre ellas y la resolución mediante el arbitraje y la diplomacia abierta de conflictos y disputas internacionales. La Sociedad de las Naciones se completó, además, con la Organización Internacional del Trabajo para extender la legislación laboral, y con el Tribunal Internacional de Justicia con sede en la Haya.

3. EL FASCISMO ITALIANO

3.1 LA DEBILIDAD DE LA ITALIA LIBERAL

Italia tiene un largo pasado, pero una historia relativamente breve. A principios del siglo XIX muchos europeos consideraban que Italia era el corazón de la civilización universal. En dos ocasiones, durante el Imperio Romano y durante el Renacimiento, la península dominó Europa, primero política, y más tarde culturalmente. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y se había transformado en un territorio en declive dominado por potencias extranjeras o bajo regímenes autoritarios. Muchos europeos consideraban que la península italiana se había convertido en una galería de arte y en un gigantesco museo²⁴.

La unificación italiana legó al nuevo Estado una compleja herencia. En primer lugar, suscitó entre los italianos políticamente activos unas expectativas exageradas sobre el poder y la prosperidad de la nueva Italia; por otro, al forjar una nueva nación sin involucrar o satisfacer a la gran masa de la población, configuró un sistema sociopolítico lleno de debilidades potenciales²⁵.

Por lo general, aquellos que se aproximan al estudio de la Italia liberal, se inclinan por juzgar de manera positiva esta etapa al compararla con el posterior antidemocrático y brutal régimen fascista. Sin embargo, es preciso analizar las debilidades, la cultura política y la política económica que abonaron el terreno para la aparición del fascismo. Es cierto que la Italia liberal desembocó en un régimen fascista, pero también es cierto que en el periodo de entreguerras, gran parte de la Europa continental experimentó diversas formas de gobiernos autoritarios, aunque no adoptaran abiertamente el fascismo. Por lo tanto, analizar la Italia liberal como un fracaso ya desde el inicio puede resultar equivocado. Las circunstancias en las que se desarrolló distaban mucho de ser las ideales, antes de la Primera Guerra Mundial Italia estaba plagada de fracturas sociales, económicas, regionales y políticas²⁶, sin embargo, el fascismo en Italia no se entiende sin contar con el conflicto bélico que estalló en Europa entre 1914 y 1918.

²⁴ Una introducción al período en J. A. S. GREENVILLE, *Europe Reshaped, 1848-1878*, Londres, Oxford University, 2000.

²⁵ GOOCH, J. *The Unification of Italy*, Londres, Pamphlets, 2001, pp. 32-33.

²⁶ LOZANO, A. *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012.

El nuevo Estado contaba con una monarquía limitada, una Constitución parlamentaria y liberal y una administración centralizada. La conciencia nacional no estaba forjada, y en la mayor parte de la Italia rural y provincial, esta identidad nacional era casi inexistente. Para miles de campesinos, la única realidad era la local, y las diferencias culturales y económicas agravaban el regionalismo. El canciller austríaco Metternich, siempre se había referido a Italia como una “mera expresión geográfica”. Lo cierto es que entonces el nuevo país parecía haberse convertido en una “mera expresión política”. En 1861, el estadista piamontés D’Azeglio lo definió de esta forma: “Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer italianos”.

Los ideales del *Risorgimento* nunca llegaron a penetrar en la sociedad italiana²⁷. El nuevo Estado, que surgió tras siglos de divisiones en ciudades-estado y pequeños reinos, se organizó bajo dos principios complementarios. Eran complementarios pero contrapuestos, ya que cada uno se encargaba de compensar los defectos del otro y los dos trabajaban para proporcionar un sistema político que funcionó relativamente bien hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial.

El primer principio era un modelo de centralización como podía ser el de Francia. El Estado italiano, que estaba gobernado desde Roma, ofrecía pocas concesiones a la autonomía regional. El segundo principio era un sistema parlamentario construido sobre lealtades provinciales y comunales que habían controlado la vida política desde la Edad Media hasta 1860. El gobierno, encabezado por el primer ministro, se apoyaba en una mayoría parlamentaria compuesta por varios partidos y grupos que, antes de la Primera Guerra Mundial, solían tener una base provincial más que ideológica. Por lo general, la vida política estaba dominada por personalidades muy influyentes como Agostino Depretis (1876-1887), Francesco Crispi (1887-1896) o Giovanni Giolitti, que fue primer ministro durante un largo periodo de tiempo, entre 1903 y 1914. El gran reto al que se enfrentaba la clase política italiana era crear una sociedad moderna y capaz de competir en igualdad de condiciones con las otras grandes potencias del periodo. Esto suponía generar nuevas presiones sobre la élite política, que se vio obligada a dar una respuesta a las demandas de nuevas fuerzas sociales para conseguir tener voz y voto en los asuntos públicos.

La reforma electoral que se llevó a cabo en 1881 admitió a un gran número de comerciantes y algunos trabajadores especializados, pero muchos de estos nuevos votantes se vieron influenciados

²⁷ RIALI, L. *The Italian Risorgimento*, Londres, Routledge, 1994.

por el movimiento republicano radical. El control de la clase política tradicional se veía amenazado por primera vez y comenzó un periodo de depresión económica, malestar social y escándalos políticos. A todo ello, hay que sumar la fundación del Partido Socialista Italiano en 1892. Fue a raíz de todos estos acontecimientos cuando algunos primeros ministros como Crispi, Antonio di Rudini o Luigi Pelloux, reaccionaron para poner fin a la oposición parlamentaria recurriendo a la policía y al ejército como armas de represión²⁸.

Cabe destacar que eran muchas las similitudes entre el sistema parlamentario italiano y el de otros Estados del sur de Europa, como Portugal, Grecia o España. La mayor diferencia se encontraba en el aislamiento católico de la vida política que vivía Italia. Era el símbolo de protesta por la ocupación italiana de Roma en 1870, y fue la forma que encontró el papado de condenar al liberalismo del nuevo Estado Italiano. La política de la Italia liberal a finales del siglo XIX era el reflejo de una sociedad rural caracterizada por patrones tradicionales de agricultura, analfabetismo y baja conciencia política. Gran parte de los italianos, incluso aquellos que podían votar, mostraban poco interés por la política y desconfiaban de la corrupción endémica y de los intereses de las principales figuras políticas²⁹.

Sin embargo, a finales de la década de 1890, Italia experimentó una transformación que tendría grandes consecuencias en los años posteriores. Hasta entonces, la economía italiana era débil, carecía de materias primas y su red de comunicación era muy pobre. La paulatina introducción de métodos capitalistas y maquinaria moderna creó en el fértil valle del Po una nueva clase de ricos *agrari*, una clase de trabajadores rurales que no tenían tierras y una capa intermedia de administradores y técnicos estatales. La zona del noroeste, fundamentalmente en el triángulo que forman las ciudades de Milán, Turín y Génova, fue donde se experimentaron estos cambios de manera más profunda, sobre todo a raíz de la industria pesada: acero y hierro, metalurgia, construcción naval, de automóviles...³⁰

El rápido desarrollo industrial generó una nueva clase trabajadora urbana y, al mismo tiempo, problemas de vivienda, largas horas de trabajo en las industrias y pésimas condiciones laborales. Los

²⁸ LOZANO, A. *Mussolini y el fascismo italiano...*

²⁹ CANDELORO, G. *Storia dell'Italia Moderna*, vol. 6, Milán, Feltrinelli, 1970.

³⁰ FORSYTH, D. *The Crisis of Liberal Italy: Monetary and Financial Policy, 1914-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

sindicatos aumentaron progresivamente su afiliación y la conflictividad social fue en aumento, culminando en la huelga general de dos días durante la denominada “semana roja” de junio de 1914. Era evidente que el sistema de la Italia liberal no estaba preparado para hacer frente al cambio social que se estaba produciendo en el seno de la sociedad italiana. Sin embargo, todavía no había emergido ninguna alternativa válida.

Hacia 1914, en el norte del país había surgido una clase poderosa formada por banqueros y empresarios, los cuales se habían unido y contaban con un Estado protector. Al mismo tiempo, nacía una nueva clase moderna surgida de la industrialización, una clase urbana ocupada de las tareas burocráticas y de administración y que buscaba mantener las distancias con el proletariado. Todo ello dio como resultado una alteración radical de las relaciones entre la sociedad del centro y norte de Italia, lo que generó demandas y conflictos que contribuirían de forma notable al auge del fascismo³¹.

El desarrollo económico afectó en muy menor medida al sur de Italia, principalmente las regiones de Campania, Apulia, Calabria y Sicilia, que habían sido abandonadas por los primeros gobiernos liberales. Además, se agudizó con la modernización y la industrialización, que acrecentaron la brecha entre el norte y sur del país. Para toda esta población, la solución a corto plazo era emigrar a América, a países como Estados Unidos, Argentina, Uruguay o Brasil³⁰ (en 1913, cuando la emigración alcanzó su punto más alto, 407.475 personas habían emigrado a Norteamérica, 148.850 a Sudamérica y 307.627 a otros países europeos). El político nacionalista Enrico Corradini, afirmaba que la emigración era la prueba evidente del fracaso nacional italiano, y consideraba que era necesaria una Italia más autoritaria que aceptase la guerra como “acto supremo” para superar su condición³¹.

Gran parte del sur siguió sumergido en la pobreza, con una escasa movilidad social e inerte políticamente. Muchos de los habitantes de estas regiones, como reacción contra su pobreza, recurrieron al bandidaje y a métodos violentos. A esto se le sumó la corrupción sistematizada y la violencia estimulada por grupos anarquistas y socialistas, haciendo que el gobierno tuviera que recurrir al ejército en diversas ocasiones para mantener el orden.

³¹ LOZANO, A. *Mussolini y el fascismo italiano...*

³⁰ GABACCIA, D. R. *Italy's Many Diasporas*, Seattle, University of Washington Press, 2000.

³¹ CORRADINI, E. *El nacionalismo italiano*, Milán, Capelli, 1914.

Tras este pequeño análisis de lo que fue la Italia liberal hasta la Primera Guerra Mundial, observamos un nuevo Estado que tuvo muchas dificultades ya desde el principio. Era un país con muchas diferencias regionales, con una clase política a menudo incompetente, con una dualidad entre norte y sur muy acentuada que dividía a la población y, además, no habían conseguido una verdadera identidad nacional con la que se identificaran todos los italianos. Podemos decir que durante este periodo se puso el abono para que poco después germinase el fascismo, pero hay que tener en cuenta diversos factores posteriores que fueron mucho más consecuentes.

3.2 ITALIA, LA GRAN GUERRA Y LA VICTORIA MUTILADA

Desde que estalló este conflicto, la sociedad italiana vivió un arduo debate sobre la intervención o la neutralidad que dividió tanto a la sociedad en general como a la clase política. A favor de la no participación estaban la Iglesia católica, el Partido Socialista y los liberales y aliados políticos de Giovanni Giolitti, primer ministro desde 1903 hasta 1914. Por otro lado, quienes presionaban para que Italia entrara en la guerra al lado de Inglaterra y Francia, formaron una mezcla explosiva. Había revolucionarios disidentes que procedían del sindicalismo y del socialismo, y que creían que la guerra aceleraría la llegada de la revolución; republicanos y radicales que se miraban en el espejo de las democracias capitalistas; y los nacionalistas de extrema derecha, que aunque tenían la mirada puesta en soluciones autoritarias, pensaban que aliarse con Francia e Inglaterra les proporcionaría, en caso de victoria, la expansión territorial en el nordeste y en el Adriático a costa de Austria, y colonias en el Próximo Oriente a costa del Imperio Turco. Utilizar la guerra para conseguir territorios era también el objetivo del rey Víctor Manuel, que subió al trono en 1900 tras el asesinato de su padre Humberto I, y de los conservadores que apoyaban al Gobierno de Antonio Salandra³².

Esta singular coalición de intervencionistas, que prefiguraban de alguna forma lo que muy pronto iba a ser el fascismo, era, en palabras de Alexander De Grand, “la revuelta de parte de los intereses dominantes y una parte sustancial de los más jóvenes, clases medias intelectuales, contra la vieja clase política giolittiana y sus políticas reformistas”³³. El factor que unía en ese momento a

³²CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, “Mussolini y la Italia fascista”, Barcelona, Crítica, 2011.

³³DE GRAND, A. *Fascist Italy and Nazi Germany*, Londres, Routledge, 1995.

revolucionarios, socialistas disidentes y nacionalistas de extrema derecha, era su ferviente antagonismo al liberalismo y al socialismo, y a la creencia de que Italia, relegada a un segundo plano por el sistema político internacional, tenía que reclamar un lugar principal entre las grandes potencias. Toda esta coalición de intervencionistas todavía era escasa, insuficiente para alterar el orden político liberal creado por Giolitti, pero la guerra iba a socavar ese orden y les iba a abrir grandes oportunidades.

La gran guerra:

Tras un intenso debate entre 1914 y 1915, Italia firmó el 26 de abril de 1915 el tratado de Londres, comprometiéndose así con la causa anglofrancesa. El tratado prometió a Italia una frontera en el paso de Brenner en el nordeste, la anexión de Trieste y la península de Istria, y una posición dominante en Albania y algunas colonias sin especificar. Hasta que ese compromiso fue aprobado por el parlamento, en las calles de las principales ciudades de Italia se dieron cita manifestaciones convocadas por la *Aleazza Nazionale*, fundada en 1910 por Enrico Corradini y Luigi Federzoni; los futuristas, un movimiento artístico y literario dirigido por Filippo Marinetti, que ensalzaba la guerra y la tecnología moderna; y los grupos intervencionistas de izquierda, donde ya se encontraba Benito Mussolini, reunidos en torno a los recién creados *Fasci di Azione Rivoluzionaria*. La decisión de entrar en guerra, que fue tomada por Salandra y el rey en contra de grandes sentimientos neutralistas en la sociedad y también en el parlamento, esperaba un conflicto corto y victorioso, pero el tiempo y los acontecimientos nos iban a demostrar que no sería así³⁴.

Los efectos de la guerra iban a ser de largo alcance para la economía y la sociedad. El coste de la vida en Italia se cuadruplicó de 1913 a 1919, y la desmovilización y vuelta a casa de dos millones y medio de soldados hicieron que los puestos de trabajo brillaran por su ausencia. Las huelgas y las ocupaciones ilegales en la agricultura y la industria se adueñaron del país durante los primeros años posteriores al conflicto. Los patronos de las industrias y los propietarios ricos del campo, los *agrari*, sintieron estas oleadas como el comienzo de la revolución bolchevique en Italia, la prolongación de lo que ya había ocurrido en Rusia en octubre de 1917. Fue entonces cuando comenzar a reorganizar las relaciones laborales y a financiar grupos armados para destruir a los principales sindicatos.

³⁴LYTTELON, A. *Seizure of Power*, Nueva York, Scribner, 1973.

Por otro lado, el orden político de Giolitti en el que se había sustentado el liberalismo, comenzaba a resquebrajarse. La introducción del sufragio universal masculino y de la representación proporcional favoreció la creación de nuevos partidos, que fueron capaces de movilizar a su electorado en contra del clientelismo y el patronazgo político del viejo sistema. El Partido Socialista pasó a ser la fuerza política más importante de Italia, y fue el partido más votado en las elecciones de noviembre de 1919. Sin embargo, la novedad más importante en este nuevo escenario político de posguerra fue la creación en 1919 del Partido Popolare Italiano, un grupo católico que contaba con el apoyo del Vaticano y que estaba dirigido por el sacerdote siciliano Luigi Sturzo. Pero la imposibilidad de que católicos y socialistas llegaran a un acuerdo para gobernar en coalición, iba a permitir que en el gobierno siguieran cámaras liberales hasta 1922, con figuras políticas como Saverio Nitti o Luigi Facta.

La victoria mutilada:

La paz de Versalles, refrendada en junio de 1919, hizo sangrar más si cabe las heridas de guerra no cicatrizadas. Como vencedora de la guerra, Italia recibió importantes ganancias territoriales a costa de su enemigo por excelencia, el Imperio austrohúngaro. Algunas de ellas fueron la frontera en el paso de Brenner o la anexión de la ciudad de Trieste, pero no obtuvo colonias en África y en el Próximo Oriente. El sueño de muchos nacionalistas se rompió por esa “victoria mutilada”. La disputa en torno a la ciudad de Fiume, reclamada tanto por Italia como por Yugoslavia, pasó a primer plano cuando en septiembre de 1919 fue ocupada por un grupo de voluntarios, estudiantes y veteranos de guerra, dirigidos por Gabriele D’Annunzio, célebre dramaturgo y poeta. Desde allí, y durante más de un año, se convirtió en un referente para los nacionalistas y disidentes del socialismo y del sindicalismo revolucionario que habían abanderado la causa intervencionista, y que deseaban derribar a la clase política y el sistema parlamentario. La escasa ayuda de la industria y del ejército hizo que D’Annunzio fuera expulsado de Fiume a finales de 1920, pero sus esfuerzos sirvieron de lección para aquellos que querían acabar con el orden político existente. Uno de ellos era Benito Mussolini.

Como ya hemos visto, en Italia la guerra había creado un clima de intensa exaltación nacionalista. Aquellos que se oponían al sistema liberal se vieron motivados por el fracaso del nuevo primer ministro, Vittorio Emanuele Orlando, en conseguir las ganancias territoriales que deseaban

los italianos. El nuevo ministro era un claro ejemplo del “turbio mundillo de la política italiana, con sus pactos, componendas y repartos de patronazgo”³⁵, y además se mostró débil en comparación con los otros líderes aliados, como Wilson, Lloyd George y Clemenceau. El excesivo ímpetu de Italia en Fiume hizo que su participación en el resto de debates fuera extremadamente escasa, actitud que fue muy criticada por los aliados durante todo el tratado de paz. Al final, esta cuestión se resolvió con una conversación a tres bandas entre Wilson, George y Clemenceau³⁶. A ello había que sumar el hecho de que Italia tampoco fue invitada a participar en el reparto del Imperio turco en Oriente Medio, que cayó en manos de franceses y británicos.

La mayoría de los italianos se sentían engañados por los que habían sido sus aliados. Italia comenzó a adquirir lo que se ha denominado condición de “perdedor honorífico” en el escenario internacional de posguerra. Italia había asumido la “psicología de una nación derrotada”³⁷. El mito de la “victoria mutilada” desempeñaría un papel destacado en el ascenso del fascismo.

3.3 MUSSOLINI, *IL DUCE*

Benito Mussolini nació en Predappio, en la región agrícola de Romagna en julio de 1883. Era hijo de un herrero socialista y republicano y de una maestra católica devota. A pesar de los numerosos y superficiales estudios psicoanalíticos que se han hecho sobre su infancia, tenemos que reconocer que esa etapa de su vida fue relativamente estable y ordinaria. Mussolini formaba parte de una familia bastante próspera en la época, sus padres fueron rigurosos y recibió una estricta educación³⁸.

Con el tiempo, Mussolini forjó su rebeldía, aquella que ya se vislumbraba en sus primeros años de edad, como un brillante propagandista de periódicos socialistas. Primero lo hizo en Forlì, donde dirigió *La Lotta di Classe* y donde se percató de sus grandes dotes para la agitación política, y más tarde en Milán, como director del famoso *Avanti*. Fue entonces cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, y cuando se abrió ese agrio debate en la sociedad italiana entre

³⁵ MACMILLAN, M. *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005, p. 347.

³⁶ TARDIEU, A. *The Truth about the Treaty*, Indianápolis, Routledge, 1921.

³⁷ LYTTELON, A. *Seizure of Power*, Nueva York, Scribner, 1973, p. 30.

³⁸ LOZANO, A. *Mussolini y el fascismo italiano*, “El socialista que quiso ser emperador...”

la intervención o la neutralidad. En un primer momento, Mussolini, como la mayoría de los socialistas, se opuso a la guerra y a la intervención de Italia, pero pocos meses después cambió a una posición de “neutralidad activa y operativa”, tal y como la definió en un artículo de su propio periódico. Poco después pasó a defender la participación en la guerra al lado de Gran Bretaña y Francia. Según sus propias palabras, los socialistas de esos países habían comprendido la trascendencia del “problema nacional”. “¿Queremos ser, como hombres y como socialistas, espectadores inertes de este inmenso drama? ¿O queremos ser, de alguna forma y en algún sentido, los protagonistas?”³⁹ Los motivos por los que un socialista internacionalista, tal y como lo era Mussolini antes de la guerra, se convirtió de forma tan rápida en un férreo defensor de la guerra patriótica siguen siendo objeto de debate.

Tras este radical viraje, el abandono del antimilitarismo y de las convicciones internacionalistas, Mussolini tuvo que dimitir como director de *Avanti* y fue expulsado del Partido Socialista Italiano. Para hacerle competencia a su antiguo periódico, fundó uno nuevo, *Il Popolo d'Italia*, financiado por ricos industriales italianos que se verían beneficiados por la participación de Italia en la guerra, y que posteriormente serían aquellos con los que comenzaría a asociarse para llegar al poder. Antes de que esto sucediera, orientó a los *Fasci Autonomi di Azioni Rivoluzionaria*, donde se le unieron personas como Michele Bianchi o Roberto Farinacci, que habían recorrido el mismo camino desde el socialismo al intervencionismo, para acabar, poco después, como fundadores del fascismo.

Desde septiembre de 1915 hasta junio de 1917 estuvo como soldado en el frente. Según algunos de sus biógrafos, fue a partir del desastre de Caporetto, cuando comenzó a nacer un nuevo Mussolini, más político y menos propagandista, convencido de que Italia necesitaba una nueva revolución antimarxista que derribara el sistema liberal, destruyera el poder político y sindical del socialismo y llevara a una nueva clase dominante al poder.

³⁹ CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, “Mussolini y la Italia fascista” ...

3.4 EL NACIMIENTO Y ASCENSO DEL FASCISMO

El fascismo, tal y como germinó y se desarrolló en Italia, lo podemos considerar como un producto de la Primera Guerra Mundial⁴⁰. Este nuevo movimiento lo inició Mussolini el 23 de marzo de 1919 en una reunión en un edificio de la Piazza San Sepolcro de Milán. En dicha reunión, a la que acudieron no más de cincuenta individuos, se encontraban una mezcla de nacionalistas, sindicalistas, futuristas y excombatientes. Entre ellos debemos destacar a hombres como Roberto Farinacci, Giovanni Marinelli o Filippo Tommaso Marinetti, y junto a ellos se creó el *Fascio di Combattimento*, una organización nacional que se encargaría de reunir a todos los grupos locales de combate que habían aparecido en las distintas ciudades. Su programa inicial era muy radical, anticlerical y republicano, con claras influencias de los futuristas de Marinetti y todavía estaba muy lejos de aquella doctrina reaccionaria con la que Mussolini conseguiría atraer a los sectores más conservadores y respetables de la sociedad italiana, aquellos que le ayudarían a llegar al poder.

Durante un tiempo, antes y después de la marcha sobre Roma de la que hablaremos posteriormente, el fascismo se mostró como un movimiento radical de derecha, con una base social de campesinos, arrendatarios, burócratas, estudiantes y excombatientes. Utilizó la violencia y el terrorismo de intimidación para destruir el socialismo y el bolchevismo, pero también para negociar con las élites y los poderes institucionales su ascenso y consolidación en el poder. Sin embargo, no hay que menospreciar el componente revolucionario del fascismo proveniente del sindicalismo, de militantes que tenían experiencia en la organización y movilización de trabajadores urbanos y campesinos. Los diversos conflictos entre entre esos activistas y el sector más conservador y nacionalista, marcó la historia interna del Partido Nazionale Fascista en la década de los veinte, así como los intensos debates que se generaron en torno a las necesidades del propio régimen y los intereses de los trabajadores.

El programa fascista apareció en el verano de 1919 y tomaba elementos tanto de la izquierda como de la derecha de la política italiana. De la izquierda, los fascistas tomaron prestada la exigencia de la jornada laboral de ocho horas, el salario mínimo y algún tipo de seguridad social, junto con impuestos al capital y la requisa de los excesivos beneficios que había otorgado la guerra a algunos empresarios a costa de los esfuerzos de los combatientes. De la derecha, el fascismo adoptó su retórica patriótica y nacionalista, sus ataques a la “victoria mutilada” y el fuerte rechazo al Partido

⁴⁰ *Ibid*, p. 62-63.

Socialista Italiano. En un primer momento, podemos considerar que se trataba de un programa inconsciente, pero el fascismo iba a tratar de atraer adeptos de diversos sectores de la sociedad italiana.

Mussolini afirmó que los fascistas evitaban el dogmatismo ideológico: “Nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, de aceptar la ley y de ir más allá de ella, según las circunstancias del momento, el lugar y el entorno, en una palabra, de la ‘historia’ en la que debemos vivir y actuar”⁴¹. Mussolini exigía tierras para los campesinos y la representación de los trabajadores en la administración de las industrias, así como un impuesto progresivo sobre el capital, la expropiación de tierras y fábricas y la confiscación de las ganancias excesivas obtenidas durante la guerra.

Las elecciones de 1919 fueron un fracaso para los fascistas, pues apenas tenían avances reales y de los 270.000 votos de Milán tan sólo obtuvieron 5.000, sin conseguir tampoco ningún diputado en el nuevo Parlamento. El movimiento parecía destinado al olvido. Sin embargo, Mussolini se vio beneficiado por la incapacidad del Gobierno de convencer a las fuerzas conservadoras de que podía hacer frente a la amenaza socialista. Las elecciones habían demostrado ser un contratiempo serio para Mussolini, pero también para el Gobierno liberal. Estos últimos y sus aliados tan sólo contaban con 180 de los 508 diputados, y no eran ni mucho menos un grupo cohesionado. El clima de posguerra había modificado el panorama político de manera profunda, y la Cámara de los Diputados, diseñada para proteger y promover el liberalismo, incluía ahora a los revolucionarios socialistas, con 156 diputados, y a los miembros del partido católico, los *popolari*, con 100 diputados. Para Mussolini, la mayoría socialista en las elecciones parecía haber sido una buena noticia, pues alarmó a los conservadores de todo el país.

La amenaza socialista:

El periodo desde el final de la guerra hasta finales de 1920 es denominado dentro de la historiografía italiana como *el biennio rosso*. Ha habido multitud de intensos debates sobre si las circunstancias que se vivían en Italia en esos momentos eran parecidas a las que existían antes de la Revolución Rusa y por qué de la crisis emergió el fascismo italiano y no una nueva Unión Soviética

⁴¹ DE FELICE, R. *D’Annunzio politico*, Bari, Laterza, 1978, p. 212.

a orillas del Mediterráneo. Lo que sí es cierto es que la toma del poder en Rusia por los bolcheviques había desatado una oleada de terror en Europa por el espectro de una revolución comunista. Tras la guerra, los trabajadores industriales italianos acudieron en masa al Partido Socialista Italiano, y sus miembros aumentaron de 50.000 en 1914 a 200.000 en 1919. El partido, conforme fue creciendo, abandonó el compromiso de las reformas graduales de Giolitti. Ahora reclamaban la revolución. Los socialistas italianos se sentían inspirados por los sucesos revolucionarios de Rusia desde 1917, y se creían con fuerzas como para exigir la caída del régimen liberal. El objetivo, de acuerdo con el partido, era una “república socialista” y la “dictadura del proletariado”.

Sin embargo, el partido socialista italiano estaba profundamente dividido entre los reformistas, que querían conseguir concesiones a los trabajadores a través del sistema parlamentario, y la extrema izquierda, configurada alrededor de Antonio Gramsci, que deseaba llevar a cabo una lucha revolucionaria fuera del parlamento a través de los consejos de los trabajadores y el control de la producción de los mismos. En 1921, Gramsci y sus simpatizantes se escindieron del Partido Socialista Italiano y fundaron el Partido Comunista de Italia (PCI). Sin embargo, esta nueva fuerza política iba a ser demasiado pequeña como para representar una amenaza.

En Italia, aunque el peligro de que se produjese una revolución similar a la rusa era más bien remoto, las clases medias y altas se vieron atemorizadas. Resulta indudable que este temor contribuyó sustancialmente al triunfo final de Mussolini en Italia o al de Hitler posteriormente en Alemania. Los partidos de trabajadores eran temidos en todas partes, incluso en aquellos países en los que participaban con regularidad en el sistema parlamentario. El temor al poder de estos partidos, que en gran parte estaba distorsionado, dominó la política interior y exterior de muchas potencias occidentales.

Frente a esta amenaza, el fascismo podía adaptarse bien a las circunstancias. Podía ser reaccionario o revolucionario y adaptarse tanto a la guerra de clases como a la cooperación entre las mismas. El propio Mussolini “no tenía realmente claro de qué iba el fascismo”⁴². Por otro lado, Gramsci definía el fascismo como “la más atroz y difícil guerrilla que jamás la clase obrera había tenido que combatir”⁴³.

⁴² DE FELICE, R. *Mussolini il fascista*, Turín, Saggi, 1966, p. 113.

⁴³ Citado en ESPADAS BURGOS, M. *Siglo XX Historia Universal*, “El fascismo italiano en los años 20”, vol. 9, Madrid, Akal, 1997, p. 77.

El fascismo pasa a la acción:

El caos generalizado tanto en el campo como en la ciudad otorgó a Mussolini una oportunidad única. Los fascistas adoptaron cierto papel de matón para las clases privilegiadas, pues estos temían que Italia se pudiera convertir al bolchevismo. Todo comenzó a cambiar en 1920, cuando comenzaron a crecer las actividades violentas de los *arditi*, excombatientes organizados en grupos armados, semejantes a los *Freikorps* en la República de Weimar, que se encargaban de destruir imprentas de periódicos socialistas y locales de sindicatos, intimidaban a sus militantes y hasta asesinaban si era necesario. Los *fasci di combattimento*, más fuertes y mucho mejor organizados, surgieron en las provincias del norte y del centro del país en torno a un jefe o *ras*, que ejercían un poder casi supremo sobre su área de influencia. Entre los *ras* más destacados figuraban hombres como Italo Balbo, Roberto Farinacci y Dino Grandi. Por ejemplo, en Ferrara, Balbo, que posteriormente se convertiría en un poderoso hombre del régimen fascista, reclutaba *fasci* entre los estudiantes y los hijos de la pequeña burguesía y recibía fondos de los grandes terratenientes y empresarios⁴⁴.

En estos primeros momentos, el *squadrismo* estaba formado principalmente por estudiantes de clase media y soldados desmovilizados, en particular antiguos oficiales y rangos más bajos, como sargentos y cabos. Conforme se iba demostrando su capacidad para intimidar a los socialistas, los *squadristi* atraieron a nuevos seguidores. Sin embargo, cabe destacar que este fenómeno que tuvo mucha trascendencia en el norte del país, en el sur tuvo una influencia mucho menor.

Esta política de *squadrismo*, de los grupos paramilitares de *arditi* que vestían las camisas negras que los habían identificado durante la guerra, gozó de la benevolencia de la policía y de las autoridades, lo que ayudó todavía más a que las filas de los *fasci* crecieran progresivamente. Al mismo tiempo, los socialistas, y sobre todo su organización campesina Federterra, retrocedían divididos por el enfrentamiento entre el sector más pobre del campesinado, los *braccianti* o braceros sin tierra, y los aparceros y pequeños agricultores. El fascismo agrario, la reacción violenta de las élites rurales y de las clases medias e incluso bajas, hizo estragos en esta lucha y fue fundamental para el ascenso del movimiento. Aunque en estos momentos los fascistas todavía estaban divididos respecto a la política y a la lealtad a sus jefes, todos estaban de acuerdo en que la violencia de las escuadras paramilitares atraía a un sector muy importante de la juventud y les hacía crecer. En

⁴⁴ CORNER, P. *Fascism in Ferrara*, Oxford, Oxford University Press, 1974.

diciembre de 1919, tras el fiasco en las elecciones el mes anterior, sólo había 32 *fasci* (secciones locales), con menos de mil miembros. Un año después ya eran 88 y con más de veinte mil afiliados, y la cifra iba a subir hasta 834, con un cuarto de millón de afiliados a finales de 1921⁴⁵.

La oportunidad de oro para Mussolini:

Las nuevas elecciones de mayo de 1921, en la que los fascistas obtuvieron 32 diputados, le otorgaron a Mussolini un aire de respetabilidad y una cabeza de puente en el parlamento. No quería ser absorbido por el liberalismo, y declaró abiertamente que no apoyaría un gobierno de Giolitti. Mussolini vio la posibilidad de alcanzar el poder real. Sabía que tenía que demostrar al pueblo italiano y, en particular, a los grandes empresarios, terratenientes y a las clases medias, que el liberalismo como movimiento político estaba acabado. También quería demostrar que los gobiernos cortos e inestables, como los que se estaban sucediendo en Italia, eran incapaces de mantener el orden y enfrentarse a las crisis económicas. Tenía que convencer a los grupos fundamentales de la sociedad de que el fascismo era el único movimiento capaz de detener a los socialistas y de restablecer el orden y la disciplina en la sociedad italiana.

La actividad de Mussolini a finales de 1921 estuvo dirigida principalmente a convertir al fascismo en una fuerza política respetable y que gozase de popularidad dentro de la sociedad italiana. Este esfuerzo por organizar de forma efectiva el fascismo dieron sus frutos con la fundación del Partido Nacional Fascista en octubre de 1921. El fascismo ya no era sólo un movimiento, ahora era también un reconocido partido político. El congreso del partido reconoció formalmente a Mussolini como líder, y estaría dirigido y organizado en su mayor parte por hombres pertenecientes a la facción de Milán. Sin embargo, a Mussolini comenzó a preocuparle que la excesiva violencia fascista, incluso si estaba dirigida a los socialistas, provocase miedo en la sociedad italiana y en los gobiernos liberales. Durante 1922, Mussolini llevó a cabo una política dual con la que, por un lado, animaba a los escuadrones a seguir con sus campañas de violencia; por otro, al dirigirse a los conservadores, se mostraba disgustado por los excesos de la violencia fascista. Resultaba evidente que el fascismo prosperaba en la inseguridad que se abatía sobre el país. Sin embargo, era preciso fomentar el desorden, pero no hasta el punto en el que provocara una reacción de repulsa generalizada en el país. Era preciso calcular el punto justo, de este modo, Mussolini conseguiría tranquilizar a los conservadores y al mismo tiempo evitar divisiones en su partido.

⁴⁵ CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, "Mussolini y la Italia fascista..."

Una debilidad evidente del Estado italiano que ayudó al ascenso de Mussolini fue la actitud de la monarquía. Víctor Manuel III con el tiempo se mostró como un admirador del fascismo, pues sus ideas eran poco democráticas y sentía una profunda aversión hacia el socialismo. Cuando Víctor Manuel se percató de que el regreso de Giolitti no garantizaba la estabilidad, comenzó a ver el fascismo como un salvador potencial⁴⁶. La disposición del rey era fundamental, pues al ser el jefe de las fuerzas armadas tenía gran influencia sobre la postura de los militares. Dentro del propio ejército, varios militares importantes como Armando Díaz o Pietro Badoglio, le habían manifestado al rey que eran partidarios del fascismo, por lo que no reprimirían un supuesto golpe de Estado por parte de Mussolini. Además, la policía también contaba con un gran número de fascistas. En cuanto a la Iglesia, Mussolini nunca había ocultado su anticlericalismo, sin embargo, dadas las circunstancias tuvo que adaptarse, y de esta forma los fascistas apoyaron en el Parlamento una propuesta de financiación de los colegios católicos. Poco a poco la popularidad de los fascistas iba aumentando.

Mussolini y los fascistas se aprovecharon del vacío político que estaba creando la crisis de los gobiernos liberales. El 16 de octubre de 1922 un grupo de líderes fascistas trazó un plan de insurrección redactado por Balbo, que fue aprobado en una reunión amplia del partido celebrada en Nápoles. El plan consistía en ocupar las centrales telefónicas, edificios públicos y estaciones de ferrocarril de las grandes ciudades. Después, desde diferentes lugares todas las columnas convergerían en Roma. Luigi Facta, el entonces presidente del gobierno, le presentó al rey el decreto de ley marcial para que pudiera utilizar las tropas contra los fascistas, pero Víctor Manuel se opuso y el gobierno se vio obligado a dimitir. El ejército hubiera obedecido al rey si este hubiera decidido reprimir la insurrección, pero el rey conocía la simpatía de muchos militares por los fascistas y no quería crear una división en las fuerzas armadas.

El 28 de octubre Antonio Salandra recibió el encargo de formar gobierno. Mussolini, con las escuadras fascistas aproximándose a Roma y sabiendo que el ejército no las iba a detener, le dijo al líder conservador que no participaría en ningún gobierno que no estuviese presidido por él. Aunque la leyenda posterior lo presentó entrando en Roma al frente de los grupos fascistas, Mussolini viajó desde Milán en tren y, el 29 de octubre, con treinta y nueve años, se convertiría en el primer ministro más joven de Italia.

⁴⁶ BRACALINI, R. *El rey victorioso*: la vida, el reinado y el estilo de Víctor Manuel III, Milán, Feltrinelli, 1980.

La marcha sobre Roma, en la que participaron unos cuantos miles de fascistas desprovistos y con poca preparación, triunfo por la negativa del rey y de las fuerzas armadas a suprimirla. Mussolini llegó al poder con una combinación de violencia paramilitar y maniobras políticas, sin necesidad de tomarlo militarmente o ganar unas elecciones. No fue una toma de poder por procedimientos armados ni tampoco una revolución, fue el rey quien nombró a Mussolini jefe de gobierno. En el momento, esta decisión fue aplaudida por muchos, aquellos que esperaban que el socialismo, sus representantes políticos y su poder sindical dejaran de amenazar a las clases acomodadas y al orden social durante un tiempo⁴⁷.

4. LA ALEMANIA NAZI

4.1 LA HERENCIA DEL PASADO: Otto von Bismarck y la Gran Alemania.

¿Cuándo empieza la Alemania Nazi? Si nos ceñimos a la idea de contemplar a Hitler en el poder, nos tenemos que remontar a 1933. Sin embargo, resulta interesante echar la vista atrás y observar las peculiaridades que tenía Alemania en el siglo XIX, así como la influencia que tuvo también la Gran Guerra y la República de Weimar. Todos ellos son factores claves para comprender lo que sucedería después, cuando el nazismo se convirtiese en una realidad.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, la figura de Bismarck sería un buen punto de partida. El Canciller de Hierro fue un personaje clave durante el siglo XIX y además tuvo una relativa trascendencia en todos los acontecimientos sucedidos décadas después. Fue, en varios sentidos, un personaje clave en la aparición del Tercer Reich⁴⁸. Por una parte, el culto a su memoria en los años que siguieron a su muerte impulsó a muchos alemanes a anhelar el retorno de la jefatura fuerte que su nombre representaba; por otro, sus actos y decisiones políticas de mediados a finales del siglo XIX ayudaron a crear una herencia sombría para el futuro alemán.

⁴⁷ CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, "Mussolini y la Italia fascista..."

⁴⁸ EVANS, R. J. *La llegada del Tercer Reich*, Peculiaridades alemanas, Barcelona, Península, 2005.

Otto von Bismarck, nacido en 1815, se hizo famoso como el más fiero de los conservadores alemanes. Su dominio de la política alemana de la segunda mitad del siglo XIX fue brutal, arrogante y completo, y no fue capaz de ocultar el desprecio que le inspiraban el liberalismo, el socialismo, el parlamentarismo y otros muchos aspectos del mundo moderno. Sin embargo, esto no influyó lo más mínimo en la casi mítica reputación que adquirió después de su muerte como creador del Imperio alemán.

Para comprender la trascendencia que tuvo la figura de Bismarck, debemos también prestar atención a la tendencia política que se desarrollaba en Europa desde principios del siglo XIX. Antes de que se iniciase el siglo, la Europa central llevaba más de un milenio fragmentada en una multitud de Estados autónomos, algunos de ellos poderosos y bien organizados como Baviera o Sajonia, en ciudades libres o incluso en diminutos principados y señoríos. Todas esas entidades estaban agrupadas en el llamado Sacro Imperio Romano Germánico, fundado por Carlomagno en el 800 y disuelto por Napoleón en 1806. Cuando se posó el polvo tras la derrota de Napoleón en Waterloo, en 1815, los Estados europeos crearon una organización sucesora, la Confederación Germánica, y sus fronteras serían prácticamente las mismas que antes.

Durante un tiempo, la Europa central fue capaz de detener las aspiraciones revolucionarias liberales provocadas por una minoría de gente ilustrada, pero a mediados de la década de 1840 una nueva generación de intelectuales, estudiantes y políticos se sentían insatisfechos con la situación que se vivía. Creyeron que el medio más rápido de liberar a Alemania de sus muchas tiranías era acabar con la Confederación y sustituirla por un sólo sistema de gobierno alemán basado en instituciones representativas que garantizaran las libertades y derechos básicos. El descontento popular provocado por la pobreza y las hambrunas les dieron su oportunidad, y en 1848 estallaron las revoluciones en diversos lugares de Europa. Los gobiernos alemanes existentes fueron barridos y llegaron al poder nuevos gobiernos liberales⁴⁹.

Los revolucionarios organizaron rápidamente elecciones en la Confederación, Austria incluida, y se convocó un Parlamento nacional en Frankfurt. Tras mucha deliberación, los diputados votaron una lista de derechos fundamentales y aprobaron una Constitución alemana siguiendo las directrices liberales clásicas. Sin embargo, no fueron capaces de hacerse con el control de los

⁴⁹ BLACKBOURN, D. *The Fontana History of Germany 1780-1918*, Londres, Fontana Press, 1997.

ejércitos de los dos Estados principales, Austria y Prusia, y esto terminó siendo decisivo. En el otoño de 1848 los monarcas y generales de los dos Estados habían recuperado el valor que habían tenido anteriormente. Se negaron a aceptar la nueva constitución y, tras una oleada de actividad revolucionaria radical-democrática que recorrió Alemania en la primavera siguiente, disolvieron por la fuerza el Parlamento de Frankfurt. La revolución había terminado. Los historiadores han considerado la década siguiente como un periodo de reacción profunda en el que el autoritarismo alemán aplastó los valores liberales y las libertades civiles.

Muchos historiadores han definido la derrota de la revolución de 1848 como un acontecimiento clave para la historia de la Alemania moderna. Según la famosa frase del historiador A. J. P. Taylor, “la historia alemana llegó a un punto en que debía dar un giro y no lo hizo”⁵⁰. No obstante, Alemania no tomó un camino recto y sin desvíos hacia el nacionalismo agresivo después de 1848⁵¹. En primer lugar, cabe destacar que la suerte de los revolucionarios había cambiado a principios de la década de 1860, y el régimen posrevolucionario estaba lejos de ser una vuelta completa al viejo orden, e incluso había procurado satisfacer algunas peticiones de los liberales. A finales de 1860, en Alemania ya se había introducido la igualdad ante la ley, la libertad de empresa mercantil, los derechos de reunión y asociación... Y algo crucial: muchos Estados habían creado asambleas representativas en las que diputados elegidos disponían de libertad de discusión y gozaban de algunos derechos al menos sobre legislación y la recaudación de las rentas de Estado.

Fue precisamente de este último derecho del que se valieron los liberales en Prusia en 1862 para bloquear la recaudación de impuestos hasta que se pusiese al Ejército bajo el control de la asamblea legislativa, como no había sucedido en 1848. A efectos prácticos, estos significaban una grave amenaza para la financiación de la maquinaria militar prusiana. Para solventar esta crisis, el monarca prusiano apostó por el hombre que acabaría dominando la política alemana en las décadas posteriores: Otto von Bismarck.

Bismarck pertenecía a una generación de políticos europeos, como Benjamin Disraeli en Inglaterra, Napoleón III en Francia o Camilo Benso, conde de Cavour, en Italia, que estaba dispuesto a utilizar medios radicales e incluso revolucionarios, con decisiones como la de reformar el ejército

⁵⁰ TAYLOR, A. J. P. *The Course of German History*, Londres, Routledge Classics, 2001. p. 69.

⁵¹ ELEY, G. *From unification to Nazism: Reinterpreting the German Past*, Londres, Harper Collins Publishers, 1986.

de manera profunda o la construcción de un arsenal marítimo, con fines básicamente conservadores. Entendió que no podía ignorar las fuerzas del nacionalismo y, al mismo tiempo, también se dio cuenta de que muchos liberales, tras las frustraciones anteriores, estarían dispuestos a sacrificar algunos de sus principios liberales en aras de una unidad nacional para conseguir lo que querían.

Fue entonces cuando Bismarck, en una serie de movimientos rápidos y violentos, se alió con los austriacos para arrebatar los disputados ducados de Schleswig-Holstein al Reino de Dinamarca, y posteriormente participaría en una guerra entre Prusia y Austria por la administración de estos, que terminó con una rotunda victoria de las tropas prusianas. La Confederación Germánica se desmoronó, creándose así una institución sucesora sin los austriacos ni sus aliados germánicos del sur, a la que Bismarck le dio el nombre de Confederación Alemana del Norte. Tras estos sucesos, los prusianos liberales fueron conscientes de que la creación de un Estado Nacional estaba más cerca que nunca, y comenzaron a perdonar a Bismarck su política de recaudar impuestos y financiar al Ejército sin aprobación del Parlamento.

La rotunda victoria de Prusia sobre Austria resquebrajó el equilibrio que había otorgado el Congreso de Viena a Europa en 1815. No tardaría en estallar la guerra franco-prusiana, donde el ejército prusiano volvería a salir victorioso. Los franceses temían que la creación de una Alemania unida les arrebatase el dominio del que habían gozado durante los años anteriores en la política europea, y efectivamente así fue⁵².

A la derrota de los ejércitos franceses en Sedán y en otros lugares, le siguió la proclamación de un nuevo Imperio Alemán en el Salón de los Espejos del antiguo palacio real francés de Versalles. El palacio se convirtió así en un símbolo humillante de la derrota y la impotencia francesa. Para los liberales parecía la culminación de sus sueños, pero la constitución que Bismarck había ideado para el nuevo Reich alemán en 1871 distaba mucho de satisfacer los ideales con los que los propios liberales habían soñado en 1848.

Entre todas las constituciones alemanas modernas, era la única que carecía de una declaración de principios sobre derechos humanos y libertades ciudadanas. Desde el punto de vista formal, el nuevo Reich era una confederación de Estados independientes muy parecida a la que había sido su predecesora. En la cúspide se situaba el emperador o *káiser*, que disponía de amplios poderes como

⁵² ENGELBERG, E. *Bismarck*, Londres, Siedler, 1985 y 1990 (2 vols.).

la declaración de guerra y paz. Las instituciones del nuevo Reich eran más fuertes que las del viejo y contaba con un Parlamento nacionalmente elegido, el Reichstag, además de una serie de instituciones administrativas centrales como el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo, la Constitución no otorgó al Parlamento nacional el poder de elegir o destituir a los gobiernos y sus ministros, y quedaron reservados al monarca y a su entorno más cercano aspectos clave de la toma de decisiones políticas, principalmente en los asuntos de guerra y paz y en el control del ejército.

Para hacernos una idea de cómo funcionaba el nuevo Reichstag, hay que tener en cuenta que los ministros del gobierno, incluido el jefe de la Administración Civil y el canciller del Reich (cargo que ostentó Bismarck unos veinte años), eran funcionarios del Estado. No eran representantes de partidos políticos, y dependían del *kaiser* y no del pueblo o de sus representantes en el Parlamento. Si bien es cierto que, con el tiempo, la influencia del Reichstag fue en aumento, nunca lo hizo de manera significativa. Karl Marx describió el Reich bismarckiano como “un despotismo construido burocráticamente, ataviado con formas parlamentarias, mezclado con un elemento de feudalismo, pero influido ya, al mismo tiempo, por la burguesía⁵³.

4.2 LA ALEMANIA DE BISMARCK

El sueño de los liberales nacionalistas se había cumplido: Alemania ya era una nación, su forma de gobierno la de una monarquía constitucional y, por su territorio y población, el nuevo Estado pasaba a ser uno de los más importantes de Europa.

La constitución imperial, de características muy parecidas a las de la Ley Básica de la Confederación Alemana del Norte, entra en vigor en 1871. La Carta Magna establece que la soberanía del país corresponde a los príncipes de los 22 estados que integran la nación y a los senados de las tres Ciudades libres. Cada *land* mantiene su autogobierno en la administración interna, delegando en las autoridades del Reich materias de ámbito federal como la defensa, la política exterior, el Ejército, la legislación comercial, y aduanera; así como la reglamentación del correo y el transporte⁵⁴. Se mantienen las dos instituciones representativas: el Parlamento imperial o *Reichstag* y el Consejo Federal o *Bundesrat*. La misión de la primera Cámara consiste en legislar y en controlar

⁵³ MARX, K. Y ENGELS, F. *Ausgewählte Schriften*, (2 vols., Berlín Este, 1968), II. 11-28, en 25. (Cit. en SCHULZE SCHNEIDER, I. *La Alemania de Bismarck*, Madrid, Arco Libros S.L., 1996.)

⁵⁴ SCHULZE SCHNEIDER, I. *La Alemania de Bismarck*, Madrid, Arco Libros S.L., 1996.

la actuación del gobierno; la de la segunda en confirmar las Leyes surgidas de la anterior, o, si fuese necesario, vetarlas. Asimismo, tiene competencia en asuntos fiscales y aduaneros. Por otro lado, al Canciller le corresponde la presidencia de *Bundesrat* y la dirección de las diferentes actividades diplomáticas.

El periodo se inició con unos años de intensa actividad económica caracterizados por un gran auge especulador, se fundaron nuevas compañías y empresas y pronto comenzaron multitud de obras públicas. Sin embargo, tras unos prósperos años después la reforma monetaria de 1871, la burbuja de lo que se conocía como *Gründerzeit* (el periodo de los “fundadores”) estalló en 1873 a raíz de la gran depresión finisecular. A partir de ese momento se rechazaron las políticas de libre comercio en favor de un proteccionismo cada vez mayor. Los terratenientes comenzaron a exigir la creación de tarifas aduaneras con la introducción de aranceles y un aumento de los impuestos indirectos.

La crisis de 1873 también estimuló el renacimiento del antisemitismo en Alemania, un hecho destacable ya que será uno de los caracteres principales de la Alemania nazi. Como observamos, en la Alemania de Bismarck ya podemos encontrar uno de los factores que aumentan el antisemitismo, junto con muchos otros que irán apareciendo con el paso del tiempo.

El proceso de alejamiento del liberalismo de la década de los setenta, que también observaremos en la Alemania nazi, estaba relacionado con la resolución de la llamada “*kulturkampf*”, un conflicto que enfrentó al canciller alemán con la iglesia católica. Fue esencialmente un conflicto legislativo del gobierno en el plano confesional contra el catolicismo político desde el parlamento, con el apoyo de partidos tradicionalmente liberales y anticlericales. Ideológicamente las acciones gubernamentales tenían una base pangermanista y anticatólica que llevaron a una fuerte tensión a nivel jurídico-legislativo entre el secularismo y la libertad religiosa⁵⁵.

Por otro lado, el nuevo conservadurismo tendría que enfrentarse al creciente socialismo que se vivía en Alemania. Para Bismarck, el SPD era uno de los enemigos del Imperio. Tras una gran campaña para desacreditar a los socialistas, el canciller consiguió que se aprobara una ley antisocialista, sin embargo, el Reichstag se negó a excluirlos del parlamento por completo. Los socialistas alemanes seguían defendiendo conceptos bastante revolucionarios, pero esto no les influyó de manera negativa ya que se estaba promulgando una legislación muy progresista,

⁵⁵ FULBROOK M. *Historia de Alemania*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

principalmente en lo que respecta a los seguros sociales. La crisis de los setenta había dejado mucha miseria y aumentó las diferencias entre pobres ricos, lo que había alertado no solo a los socialistas, sino también a muchos miembros de la sociedad alemana. Por lo tanto, mientras con una mano reprimía las actividades políticas de la clase obrera, Bismarck parecía comprarla con la otra a través de diferentes medidas sociales. Tras estas las decisiones entre aquellos partidarios de aceptar las mejoras económicas parciales, y los que insistían en la necesidad de una transformación radical de todo el sistema, continuarían y se exacerbarían en los años posteriores.⁵⁶

Con la llegada al trono en 1890 del nuevo emperador Guillermo II, el papel de Bismarck en el Imperio llegaría a su fin. El nuevo y joven emperador tenía ideas sociales y aspiraciones políticas que no coincidían con las del anciano Bismarck. El canciller le había dejado a Alemania un legado muy ambiguo. Por un lado, había llevado a cabo la unificación de un estado nacional que demostraría ser una poderosa fuerza económica y política a nivel europeo y mundial; pero, por otra parte, el estado que había configurado poseía unas características autoritarias y estaba plagado de tensiones políticas y sociales, que saldrían a la luz en la era del imperialismo posterior a la caída de Bismarck.

4.3 ALEMANIA EN LA 1ª GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

Alemania era, en 1914, la potencia más compleja y problemática de todo el continente europeo. La unificación en 1871 combinaba la economía más dinámica con un régimen que en muchos aspectos apenas había abandonado el feudalismo. En el recién unificado imperio, el *Reichtag* representaba a la totalidad de la población alemana: a los conservadores agrarios del este, a los industriales del norte y oeste, a los granjeros bávaros católicos del sur, y, conforme evolucionaba la economía, también a las clases obreras de la industria. En esta circunstancia, el canciller era el principal intermediario entre el *kaiser* y el *Reichtag*, y el primero en ostentar este cargo fue el anteriormente nombrado Otto von Bismarck. Durante su cargo, Bismarck utilizó la autoridad procedente del *kaiser* para hacer que el *Reichtag* cumpliera sus propias órdenes, y sus sucesores fueron poco más que unos simples mensajeros. Bajo estas premisas, la personalidad del *kaiser* era de suma importancia, y el destino quiso que el que siguiera el legado, ya sin Bismarck en la

⁵⁶ *Ibid.*, p. 231.

cancillería (1890), fuera Guillermo II. El nuevo emperador mostraba un militarismo arcaico, una ambición desmesurada y una inseguridad neurótica⁵⁷.

El estallido de la guerra en agosto de 1914 provocó una oleada de euforia en la sociedad alemana y de grandes expectativas en torno a una rápida victoria. El *Kaiser* Guillermo II proclamó una “tregua social”, que incorporaba a una nueva “comunidad nacional” al Partido Social Demócrata (SPD) y a los amplios sectores de las clases trabajadoras que representaba. Sin embargo, ese momento de esperanza se convirtió en desilusión cuando la guerra comenzó a tomar un rumbo claramente desfavorable, haciendo que el bloqueo de Alemania por parte de la flota de los países aliados condujese a un notable deterioro del suministro de alimentos. Esa nueva “comunidad nacional” de la que hemos hablado comenzó a desintegrarse, y las tensiones internas crearon una clara polarización entre los grupos conservadores y militares, que se aferraron a la guerra y al poder, y una amplia movilización por la paz que encontró su expresión institucional en el movimiento *Räte*, consejos de obreros y soldados creados según el modelo de la revolución rusa⁵⁸.

Alemania se iba deteriorando conforme iba avanzando la guerra. En los años finales crecieron los círculos nacionalistas como los últimos reductos que seguían defendiendo la participación en el conflicto, y el mayor ejemplo de ello fue la creación del efímero partido *Deutsche Vaterlandspartei* (Partido Alemán del Pueblo). De orientación derechista y en apoyo al gobierno militar, estos círculos nacionalistas intentaron desviar las críticas de la guerra hacia sentimientos antisemitas, comenzándose así a fraguar la teoría de la “puñalada por la espalda” que tanta influencia tendría en los años posteriores y en la llegada de los nazis al poder. De hecho, Anton Drexler, miembro del Partido Alemán del Pueblo, acabaría posteriormente como líder del Partido Obrero Alemán, el DAP, anticipo del nazi NSDAP.

Con el final de la 1ª Guerra Mundial y la derrota alemana, llegó también el final de la Alemania imperial. Las valoraciones a día de hoy siguen siendo ambivalentes. Aunque los historiadores alemanes nacionalistas de más edad ensalzan la unificación de Alemania y el momento histórico de la grandeza imperial, resulta evidente que esta configuración socioeconómica, política y cultural estaba llena de tensiones y contradicciones. La Alemania imperial nunca consiguió incorporar las masas trabajadoras a una sociedad en rápida industrialización, en gran medida porque

⁵⁷HOWARD, M. *La primera guerra mundial*, Europa en 1914, Barcelona, Crítica, 2003.

⁵⁸CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, De Weimar al Tercer Reich...

seguía liderada por las élites preindustriales. El equilibrio entre los intereses de las diferentes clases nunca se hizo efectivo. El mayor problema fue que, su sucesor, la República de Weimar, tampoco lo logró⁵⁹.

El fracaso en la resolución de intereses opuestos tanto sociales, como políticos y económicos, allanó el camino a un intento más radical de solventar las tensiones domésticas, y todo esto en el contexto de una democracia parlamentaria como fue la República de Weimar. Con el tiempo, llegaría la abdicación de las antiguas élites y la cesión del poder a Hitler y el partido nazi, con la esperanza de que un movimiento de masas pudiera incorporar al pueblo y ser manipulado por las élites. Desgraciadamente, esta última vuelta en la espiral de crecientes tensiones demostró ser la más fatídica⁶⁰.

4.4 LOS TIEMPOS DE LA REPÚBLICA DE WEIMAR

Las terribles consecuencias de la guerra, la miseria de las masas y los millones de muertos en el campo de batalla por uno y otro bando, dieron un fuerte impulso al movimiento por la paz y en favor de un cambio radical de las relaciones sociales. Pero también provocaron un endurecimiento moral a la vista de que la brutalidad y la muerte se habían convertido en experiencia cotidiana. Se dispararon las ansias de triunfo y de dominio y las ilusiones de la superioridad nacional que todavía en 1918 seguían vivas. Esto hizo que las fuerzas sociales e ideológicas en Alemania se radicalizaran y polarizaran como consecuencia de la guerra. Todas estas fuerzas, energías e intereses se encontraron frente a frente al finalizar la guerra en noviembre de 1918⁶¹.

La lucha por la configuración de la nueva república:

En octubre de 1918 los líderes militares consideraron oportuno ceder el poder a un gobierno civil, y Max von Baden fue nombrado canciller por el *kaiser* Guillermo II. Ludendorff y Paul von Hindenburg, que habían actuado con poderes dictatoriales desde 1916, perdieron el control de la

⁵⁹ FULBROOK M. *Historia de Alemania*, La era de la industrialización, 1815-1918...

⁶⁰ KÜHNEL, R. *La República de Weimar*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991.

⁶¹ *Ibid.*

situación y la demanda de abdicación del *Kaiser* se escuchó cada vez más intensamente. En 1918, tras la petición de Max von Baden y de numerosos círculos próximos a la monarquía, Guillermo II abdicó. El todopoderoso Imperio alemán se derrumbaba de forma estrepitosa y dejaba tras de sí un futuro incierto. Era el fin del orden tradicional, el mismo que había desaparecido un año atrás en Rusia y que también estaba desapareciendo en Austria-Hungría.

Tras la caída del Imperio había que decidir qué sistema lo iba a sustituir. Era evidente que la situación iba a tener que cambiar, y no sólo por los “Catorce Puntos” del presidente americano Wilson, donde señalaba la necesidad de reformas internas en Alemania para negociar un tratado de paz modificado, sino también a causa de las presiones desde abajo, donde ya existía una clase obrera numerosa y políticamente organizada que exigía tener protagonismo en la formación del nuevo gobierno. La intención de Friederich Ebert, el líder del SPD a quien el último canciller imperial, von Baden, le había transferido ese mismo cargo, era atajar el movimiento revolucionario y reconstruir un gobierno con los partidos mayoritarios en el antiguo parlamento. Pero esa tarea iba a resultar muy complicada en un Berlín ocupado por los soldados y los trabajadores armados. Habría que contar con los Socialistas Independientes (USPD), sector más izquierdista escindido del SPD.

En el movimiento revolucionario, en el que los trabajadores industriales y los obreros desmovilizados del ejército jugaron un papel decisivo, se produjeron fuertes presiones tendentes a conseguir una profunda democratización del Estado y de la sociedad. Las clases dominantes, la gran burguesía y los terratenientes, vieron su hegemonía gravemente amenazada. A pesar de ello consiguieron conjurar el peligro y reforzar nuevamente su posición. Se mostraron dispuestos a otorgar importantes concesiones que produjeran mejoras sociales y políticas tangibles para las masas trabajadoras, pero que no ponían en peligro los fundamentos sociales de las estructuras de poder existentes.

La llamada revolución de 1918 fue, en realidad, poco más que una revolución política y constitucional, el paso del imperio a la república. No consiguió introducir cambios radicales en la estructura socioeconómica de Alemania, y tampoco reformó los elementos clave: el ejército, la burocracia, la magistratura y las clases dirigentes educativas y religiosas conservaron sus posiciones de poder e influencia, utilizándolas, por lo general, para pronunciarse y actuar en contra de la república.

La simple proclamación de la república no había conseguido calmar la agitación, y los nuevos levantamientos de Berlín en enero de 1919, en los que murieron asesinados Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fueron aplastados por unidades del ejército y de los *freikorps* (grupos de voluntarios derechistas financiados por la industria y organizados por el ejército). Todo hacía indicar que, si los primeros años de Weimar no estaban siendo fáciles, su devenir a largo plazo no iba a correr mucha mejor suerte.

No hay duda de que los términos de paz fueron muy severos, y todo el mundo coincide en que el Tratado de Versalles fue una carga muy pesada para la joven democracia de Weimar. Sin embargo, conviene aclarar que la República duró, pese a todo, catorce años, con fases de relativa estabilidad a mediados de los años veinte. Esto nos hace pensar que la relación entre el Tratado de Versalles y el hundimiento de la República, más de una década después, no parece tan directa. El espectro de las posibles causas de la quiebra de la democracia alemana debe incluir otros componentes y alejarse así del modelo determinista, según el cual la República estaba predestinada al fracaso desde el principio y fue, simplemente, un preludio a la catástrofe de 1933⁶². Teniendo en cuenta estos factores, nos surgen dos preguntas: ¿hubo posibilidades reales de consolidar la democracia de manera estable? ¿Fue el triunfo de Hitler inevitable?

Algunos historiadores que han tratado de contestar a esas preguntas, como Ian Kershaw o Dick Geary, consideran que la posición antidemocrática de las “élites políticas tradicionales” fue un serio obstáculo para la perspectiva a largo plazo de la República. Como hemos mencionado anteriormente, buscaron desafiar al régimen político nacido tras la derrota de 1918 y, tras el crack del 29, trataron de aprovecharse de la coyuntura para derribar la democracia e instaurar algún tipo de gobierno autoritario. El problema fue que el sistema se desmoronó por completo y este gobierno autoritario fue a parar a manos de los nazis, el partido más radical y que más al margen se había mantenido durante el gobierno de la República. Los políticos conservadores creyeron que podrían apoyarse en las élites tradicionales (burocracia y ejército) para domesticar y controlarlos, pero la historia nos ha demostrado que no fue así. Las consecuencias fueron catastróficas.

⁶²CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945, De Weimar al Tercer Reich...*

4.5 HITLER Y SU LARGO CAMINO HACIA EL PODER

Adolf Hitler nació en Braunau am Inn, Austria, el 20 de abril del 1889. Hijo de un funcionario de aduanas y una campesina, su primera etapa de formación transcurrió en Viena hasta 1913, antes de trasladarse a Múnich. En Viena se vio rechazado como artista al no poder entrar en la Academia de Bellas Artes, y esa capital cosmopolita del Imperio austrohúngaro comenzó a configurar su odio patológico hacia judíos y marxistas.

Tal y como apunta David Welch, despreciaba al Imperio austrohúngaro por su diversidad étnica y multinacional, y creía que debía ser gobernada por los alemanes sin concesiones a los eslavos o a cualquier otro pueblo súbdito. Desde el punto de vista de algunos de sus mayores biógrafos, como Ian Kershaw, aunque Hitler ya se era antisemita antes de llegar a Múnich, su ardiente y radical antisemitismo creció a partir del impacto que en él causó la derrota militar en la Primera Guerra Mundial⁶³. Fue entonces cuando se convirtió en uno de los mayores defensores de la teoría de la “puñalada por la espalda”. Sin la experiencia de la guerra, la derrota y la revolución, Hitler, “el artista fallido y marginado social”, no hubiera tenido la oportunidad de dedicarse a la política, y sin la radicalización y polarización de la sociedad alemana, su mensaje lleno de odio no habría tenido público alguno⁶⁴.

En los años posteriores a la guerra, Hitler se abrió camino muy pronto en los círculos de la extrema derecha de Múnich, entre los que destacaba el nacionalista Partido Alemán de los Trabajadores (DAP), dirigido por Anton Draxler. Con el tiempo, Hitler comenzó a ganarse fama de gran orador en las reuniones de este partido, que el 24 de febrero de 1920 pasaría a llamarse *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP). A mediados de 1921, Hitler ya era el presidente del nuevo partido con poderes absolutos, y el 3 de agosto ya se había creado su rama paramilitar, las *Sturmabteilung* (SA).

El NSDAP se mostraba como una organización nacionalista que abogaba por la revisión del Tratado de Versalles y la unificación de todos los grupos étnicos alemanes en un único Reich, del que se excluiría a los judíos. También contemplaban reivindicaciones económicas y sociales radicales, pero fueron pronto abandonadas en su esfuerzo por captar a las clases medias. Con el

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ KERSHAW, I. *Hitler: 1889-1936*, Barcelona, Península, 2007.

tiempo empezó a entrar en contacto con personas que posteriormente serían muy importantes en el movimiento nazi como Hermann Göring, Ernst Röhm (oficial del ejército que reclutó a antiguos miembros de los *Freikorps* para crear la rama paramilitar de las SA), Rudolf Hess o Alfred Rosenberg, que introdujo a Hitler en versiones elaboradas de la teoría del *Lebensraum* o “espacio vital”. Y en Múnich conoció también a Erich Ludendorff, el dictador de Alemania en los dos últimos años de la guerra, enemigo de la paz de Versalles y que intentó desde el principio derribar el nuevo orden republicano. Él y Hitler fueron los principales organizadores del intento de golpe de Estado en 1923.

El *putsch* de la cervecería de Múnich y el cambio de estrategia de Hitler:

Los intentos de golpe desde la izquierda (de inspiración mayoritariamente comunista) en Sajonia, Turingia y Hamburgo fueron aplastados con firmeza. Mientras, en el paraíso derechista de Baviera, un grupo de nacionalistas, entre los que se encontraban oficiales del ejército y también Adolf Hitler, estaban preparando una compleja trama que, inspirándose en la “Marcha sobre Roma” de Mussolini en 1922, tenía como objetivo acabar en Berlín⁶⁵. Sin embargo, en los últimos instantes Hitler perdió el apoyo de sus socios más poderosos y tampoco el ejército quiso unirse a los golpistas, haciendo que fracasara rotundamente.

A diferencia de las duras sentencias dictadas contra los izquierdistas en esa época, Hitler, tras un juicio con el que consiguió una publicidad nacional que acabaría siendo muy beneficiosa, recibió una sentencia mínima de cinco años, de la que en realidad cumplió sólo algunos meses confortablemente encerrado en la prisión de Landsberg. Hitler utilizó esta oportunidad para reflexionar sobre sus objetivos a largo plazo, escribiendo mientras tanto el *Mein Kampf*, así como sobre estrategias y tácticas futuras. Dejó que el NSDAP se disolviera en su ausencia para poder imponer un fuerte liderazgo al recuperar la libertad, y renunció al enfoque golpista, adoptando a partir de 1925 la táctica del camino legal y parlamentario para conseguir fines antiparlamentarios.

Es conveniente afrontar el *putsch* no por el hecho en sí mismo, sino por las enseñanzas que extrajo Hitler de él. Como ya hemos dicho, abandonó la idea de llegar al poder a través de la fuerza para concentrar sus esfuerzos “dentro de la ley”, sin excluir el uso de la violencia, en la movilización

⁶⁵FULBROOK M. *Historia de Alemania*, Democracia y dictadura, 1918-1945...

de las masas, en controlar el partido, mitigar las diferencias, expulsar a los disidentes y marcar las diferencias con los otros grupos nacionalistas y patrióticos. En definitiva, quería combinar la fortaleza parlamentaria con la violencia e intimidación de los grupos paramilitares.

Durante este período, Hitler ya tenía unas ideas básicas esbozadas en el *Mein Kampf*: nacionalismo, hostilidad al socialismo, destrucción de los enemigos internos del país (sobre todo de los judíos y de los traidores de 1918), un cruel racismo y *Lebensraum* o “espacio vital”, que podría encontrarse en el este de Europa y en Rusia en particular, que conduciría a la conquista militar y devolvería a Alemania a su condición de primera potencia mundial.

El NSDAP durante la República de Weimar: los inicios del nazismo:

La primera acción de Hitler tras su proceso de detención había sido la refundación del NSDAP en 1925. Durante los últimos años de la década de los veinte y a lo largo de la de los treinta, el partido intentó ampliar su reclamo y extenderse desde su base bávara original por las diferentes regiones de Alemania y los diversos grupos sociales. A pesar de que sus principales votantes pertenecían a la clase media baja, protestantes, rurales y de pequeñas ciudades, consiguió ganar nuevos adeptos entre grupos profesionales y de la clase media alta, así como, en menor medida, entre sectores de la clase obrera no demasiado organizados.

A pesar de que Hitler y su partido parecían tener las ideas muy claras, los primeros años inmersos en la República de Weimar no fueron fáciles para ellos. Ni la organización del partido, ni la movilización de las masas, ni la capacidad de Hitler para desarrollar el papel de líder carismático, con excepcionales dotes de orador y propagandista, dieron grandes frutos en esos años de relativa estabilidad de la nueva república. Los nazis fueron sólo una parte del conglomerado de grupos nacionalistas y paramilitares hasta que la crisis económica mundial, iniciada con la quiebra de la bolsa de Nueva York en 1929, sacudió a Alemania de lleno teniendo unas consecuencias desastrosas.

El crack de Wall Street tuvo unas repercusiones especialmente serias debido a la dependencia de la economía alemana de los préstamos a corto plazo del exterior, inmediatamente retirados. Como consecuencia de todo ello, el desempleo creció masivamente afectando, de manera directa o indirecta, a casi la mitad de la población alemana.

Desde las elecciones de 1928, Alemania estaba gobernada por una precaria coalición de partidos, dirigida por el socialista Hermann Müller y en la que había representantes católicos, liberales, y nacionalistas liberales. Este tipo de gobiernos se habían sucedido a lo largo de los años veinte con relativa estabilidad, pero era obvio que las diferencias saldrían a la luz en cualquier momento de trance, y así sucedió con la Gran Depresión de 1929. A la hora de tomar medidas para paliar el impacto de la crisis, el SPD, apoyado por sus influyentes sindicatos, y los nacionalistas liberales, estrechamente conectados con los intereses de los grandes negocios, tuvieron fuertes disputas. El DPV (Partido Popular Alemán, de tendencia nacionalista liberal) rompió la coalición. A partir de este momento las decisiones políticas, incluso las más importantes, ya no se iban a tomar en el *Reichtag*.

El poder político se movió a otros sitios, como al círculo de confianza de Paul von Hindenburg, el mariscal de campo del ejército alemán durante la guerra y presidente de la República desde 1925. Pero no todo quedó aquí, el poder político también pasó a las calles, donde la violencia crecía y la miseria y el desorden, junto con los conflictos en torno a la distribución de la riqueza, desafiaban al Estado republicano.

En las elecciones de 1928, el NSDAP obtuvo únicamente el 2,6% de los votos, lo que equivalía a doce escaños en el parlamento. En el año posterior su popularidad aumentó notablemente, pero no sería hasta las elecciones de septiembre de 1930 donde ya se convertiría en el segundo partido más grande del *Reichtag* (después del SPD) con 107 diputados. Al hundirse los partidos del “centro burgués” y aumentar los votos de los partidos extremistas (el KPD consiguió 77 escaños) desaparecía la base para una mayoría parlamentaria que apoyara cualquier tipo de gabinete viable, pero el SPD, por miedo a las consecuencias de otras elecciones, decidió “tolerar” el gabinete de Heinrich Brüning, del Partido de Centro (*Zentrum*).

La Depresión, por lo tanto, con sus consecuencias económicas y psicológicas, metió de lleno a Alemania en una grave crisis política. Los nazis aprovecharon esa circunstancia para presentar la crisis como un resultado del sistema democrático. Durante los primeros años de la década de los treinta, el avance electoral del partido de Hitler fue casi imparable, y en las elecciones de julio de 1932 el NSDAP obtuvo trece millones de votos, el 37,4%, suponiendo 230 diputados. A pesar de esto, los comunistas también ampliaron sus bases de votantes en detrimento de los socialistas y los partidos tradicionales. En este sentido, sólo el Partido de Centro mantuvo un electorado estable durante este periodo.

La mayor parte de los votos nazis procedían de los grupos protestantes de los distritos rurales, de las pequeñas y medianas ciudades, de los terratenientes y pequeños y medianos propietarios de tierras. Si bien es cierto que gran parte de su electorado pertenecía a las clases medias, la investigación histórica ha roto con el estereotipo del NSDAP como un partido sólo de clases medias bajas. Por lo general, era un electorado de composición social variada, también con muchas mujeres, y que incluía a muchos empleados de oficinas y talleres. Las zonas en las que no había lealtades ideológicas u organizativas anteriores fueron aquellas en las que los nazis obtuvieron mejores resultados, y su principal apoyo fue el de la gente que no había votado antes y el de los partidos de las clases medias que se hundieron tras la crisis de 1929. Y, frente a lo que erróneamente se ha supuesto, los parados, procedentes sobre todo de las grandes industrias, no los votaron y decidieron dar su apoyo a los comunistas.

Es preciso señalar que, si bien es cierto que el apoyo financiero de los círculos industriales había resultado insignificante como factor en el éxito del NSDAP, y no se puede afirmar que a partir de ese momento fuera muy importante, los empresarios comenzaron a ser conscientes del papel del NSDAP en la destrucción del sistema parlamentario. Con el tiempo, acabarían presionando a Hindenburg para convencerle de la utilidad de Hitler en este proyecto.

La conquista del poder:

A la hora de analizar cómo el poder del Estado alemán pudo ponerse a disposición de Hitler, hay que distinguir tres procesos distintos. El primero se concreta en la consecución por parte de Hitler de un dominio sin discusión dentro del Partido Nazi, que para finales de la década de los años veinte había incorporado y unificado las diversas tendencias de la derecha *völkisch*. El segundo, continúa a comienzos de los años treinta con la capacidad de Hitler para extender su atractivo más allá de los sectores de la extrema derecha (hasta llegar a más de un tercio de todos los votantes), lo que le permitiría reclamar el poder con el argumento de que sólo él era capaz de “dirigir” a las masas. El tercero repasa cómo los grupos de élites no nazis, con puntos de vista claramente moderados acerca de las pretensiones “carismáticas” de poseer una misión, pero también con influencia sobre quienes ejercían el poder en la Alemania de Weimar, pudieron interesarse por Hitler, y cómo estos mismos mediadores, incluso cuando Hitler estaba muy alejado del poder, estuvieron dispuestos a alzarle hasta

el puesto de canciller. En estos tres procesos, el papel personal desempeñado por Hitler se vio en gran medida eclipsado por asuntos y acontecimientos situados más allá de su propio control.

La historia política de Alemania entre 1932 y 1933 es muy compleja y está llena de intrigas y errores de cálculo. A pesar de que en 1932 los nazis habían obtenido más de trece millones de votos, conviene precaverse frente a las generalizaciones sobre el apoyo masivo del “pueblo alemán” a Hitler. Antes de que fuera nombrado canciller, el porcentaje más alto de votos conseguido fue de un 37%, lo que significa que un 63% no le dieron su apoyo en unas elecciones con la participación muy alta (84%). Además, en noviembre de 1932 comenzaron a perder votos, bajaron al 33%, y todo parecía indicar que habían tocado techo. Por lo tanto, el nombramiento de Hitler no fue el resultado del apoyo del pueblo alemán, sino el resultado del pacto entre el movimiento de masas nazi y los grupos políticos conservadores, con los militares y los intereses de los terratenientes a la cabeza, que quisieron la destrucción de la República y la democracia.

Antes de acabar en el autoritarismo más extremo, hubo todavía dos gobiernos presidenciales más. El primero se formó en mayo de 1932, cuando Schleicher y Hindenburg conspiraron para echar a Brüning, y lo presidió otro monárquico derechista del Partido de Centro, Franz von Papen, que formó un “gobierno de barones” como posteriormente se le conocería. Sin embargo, Schleicher siguió intrigando y le dijo a Hindenburg que el ejército no confiaba en von Papen como canciller. En diciembre de 1932 fue el propio Schleicher el que ocupó ese cargo, y en su intento por controlar a los nazis, le ofreció la vicecancillería a Strasser, segundo en el mando dentro del partido nazi. Strasser estaba dispuesto a aceptar, pero Hitler avisó que sólo sería posible un gobierno presidido por él, “todo o nada”. Hitler comenzaba ya a preparar el camino y Franz von Papen, al que Schleicher había echado, le ayudó y, movido por la venganza, le ofreció un pacto para formar un gobierno que presidiera el líder nazi. Hindenburg aceptó ese acuerdo, y el 30 de enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller del Reich, porque Hindenburg así lo quiso.

Hitler no necesitó “hacerse” con el poder, las viejas élites se limitaron a abrir la puerta y darle la bienvenida. Enfrentados a semejante combinación, los debilitados sindicatos y la izquierda dividida difícilmente podían aspirar a salvar una democracia abandonada no sólo por los grandes intereses, sino también por las masas de la pequeña burguesía. Este error en los cálculos de las élites resultó ser más lamentable e irresponsable que las debilidades y equivocaciones de aquellos incapaces, en última instancia, de proteger y defender a la desafortunada e inherentemente inestable

República de Weimar. En medio de toda esta conjunción única y exclusiva de circunstancias, Adolf Hitler llegó al poder en Alemania.

5. CONCLUSIONES

Tras un exhausto análisis de todos los temas que se mencionan en el trabajo, podemos extraer una serie de conclusiones con el fin de establecer un pequeño resumen de las ideas principales. Desde el punto de vista del alumno este apartado es bastante revelador, pues nos indica el grado de comprensión de los argumentos tratados.

En primer lugar, cabe destacar la complejidad del término fascismo. Son muchos los autores que lo han abordado, por lo tanto, desde mi punto de vista la opción más esclarecedora es la de intentar estudiar a varios de ellos y llevar a cabo una pequeña relación entre sí, más aún si las ideas de los mismos distan de ser parecidas. En este sentido, han sido muy útiles los argumentos de especialistas como Enzo Traverso, Emilio Gentile o Zeev Sternhell.

Por otro lado, la idea de intentar establecer unos precedentes al fascismo hace que tengamos que pensar hasta qué fecha tenemos que retroceder. Está claro que los acontecimientos más cercanos en el tiempo son los que mantienen una relación más directa con el fascismo. La Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles, la “victoria mutilada” en el caso de Italia, o la inestable República de Weimar con el posterior crack del 29 en Alemania, son factores clave para comprender el fascismo. Sin embargo, también debemos destacar el auge de los nacionalismos en el siglo XIX y la unificación de Italia y Alemania. Si bien es cierto que son más lejanos en el tiempo, definen aspectos clave y nos ayudan a establecer una relación entre unos hechos y otros,

Hablando de los dos casos particulares, en el caso de Italia nos encontramos con un país profundamente dividido en diferentes ámbitos. Por un lado, hay una gran diferencia entre norte y sur, entre riqueza y pobreza. En el norte encontramos una sociedad más desarrollada y profundamente industrializada, lo que da lugar a nuevos grupos sociales que poco a poco se irán distanciando más, generando así conflictos entre unos y otros. En el sur la sociedad evolucionó menos, era una población mucho más agraria y en muchos casos con costumbres muy distintas. La clave para que el fascismo pudiera crecer y afianzarse en una sociedad como esta fue que pudo satisfacer las necesidades de distintos grupos sociales.

El caso de Alemania es algo distinto. La Primera Guerra Mundial había dejado al país absolutamente desolado, y el cambio de papel dentro del escenario europeo fue drástico. De ser durante siglos una de las principales potencias del continente, se convirtió en una mera expresión geográfica a la que los países vencedores de la guerra le habían limitado puesto límites. El proceso de fascistización fue mucho más progresivo que en Italia, por eso los nazis llegaron al poder varios años más tarde de lo que lo hicieron los fascistas italianos. De hecho, el NSDAP tuvo que legalizarse e integrarse en el sistema para que una vez dentro del mismo, pudiera derribar la República de Weimar y con ello la democracia, dando así paso a la dictadura nazi.

6. BIBLIOGRAFÍA

- CASANOVA, J. *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.
- DE FELICE, R. *Las interpretaciones del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1995.
- EVANS, R. J. *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona, Península, 2005.
- FULBROOK M. *Historia de Alemania*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- GENTILE, E. *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid, Alianza, 2004.
- HOWARD, M. *La primera guerra mundial*, Barcelona, Crítica, 2003.
- KERSHAW, I. *Hitler: 1889-1936*, Barcelona, Península, 2007.
- KÚHNL, R. *La República de Weimar*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991.
- LOZANO, A. *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012.

- MACMILLAN, M. París, 1919. *Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005.

- MANN, M. *Fascistas*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006.

- MORROW, J. H. Jr. *La Gran Guerra*, “El mundo de posguerra”, Barcelona, Edhasa, 2008.

- MOSSE, G. L.: *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y política de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

- SCHULZE SCHNEIDER, I. *La Alemania de Bismarck*, Madrid, Arco Libros S.L.,1996.

- STERNHELL, Z., SZNAJDER, M. y ASHERI, M. *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

- STERNHELL, Z. *La derecha revolucionaria. Los orígenes franceses del fascismo 1885-1914*. París, Siglo XXI, 1978.

- TRAVERSO, E. *A sangre y fuego, de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

- TRAVERSO, E. Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. *Revista Ayer* 60 (2005) pp. 227-258.